



# ÁZARO CÁRDENAS VISTO POR SUS GOBERNADOS

33

*Verónica Vázquez Mantecón\**

La hipótesis central de este trabajo sostiene que Lázaro Cárdenas se ha convertido en un símbolo dentro de la cultura política actual, y como tal, se encuentra enmarcado en una red simbólica. Ese sistema simbólico más general es la mitología de la Revolución Mexicana. A partir de la simbolización de Lázaro Cárdenas, se construyen mitos sobre su persona y su actuación, mitificación que conlleva una divinización o deificación del personaje. Como ningún otro presidente posrevolucionario, se ha incorporado al imaginario social como símbolo de honestidad, integridad, hombría, valor, justicia, nacionalismo, patriotismo y actuación revolucionaria. Pero como todo símbolo, implica también sus oposiciones. Frente a la visión mitificadora se alza la desmitificación: es un demagogo y un traidor a los principios revolucionarios. La historiografía de los años treinta que se analiza en el trabajo, da cuenta de este proceso.

### **Cárdenas seen by the ones he governed**

The central hypothesis in this research is that Lázaro Cárdenas has become a symbol in the actual political culture, and as such, he is framed in a symbolic net. This general symbolic system is the mythology on the Mexican Revolution. Starting with the symbolization of Lázaro Cárdenas, myths of his personality and acts are constructed, and it takes to a divinization of the character. As none other post revolutionary president, he has been incorporated to the social imagery as a symbol of the honest, integrity, courage, justice, nationalism, patriotism and revolutionary behaviour. But, as in every symbol, it has also oppositions. As opposite of a mythicised image, there is a dimytization too: he is a demagogue and a traitor to the revolutionary principles. The historiography of the thirties, analyzed in this work, shows the aforementioned.

\* Profesora-investigadora del Departamento de Política y Cultura, UAM-X.

L'hypothèse centrale de ce travail est que la figure de Lázaro Cárdenas est devenu un symbole de la culture politique actuelle et se trouve au centre d'un réseau symbolique. Ce système symbolique plus général est la mythologie de la Révolution Mexicaine. À partir du symbole de Lázaro Cardenas on a construit des mythes qui portent sur l'individu et son actuation, mystification qui impliquent une déification du personnage. Il est incorporé dans l'imaginaire social comme nul autre. Il est le symbole de l'honnêteté, intégrité, courage, justice, nationalisme, patriotisme et conduite révolutionnaire; mais aussi, de son contraire, un démagogue et un traître des principes révolutionnaires. Tout symbole implique, à la fois, une mystification et une démythification. L'historiographie des années trente analysée dans ce travail rend compte de ce processus.

**E**l sexenio de Lázaro Cárdenas ha sido catalogado, desde el momento que transcurría hasta la fecha, de muy diversas maneras: comunista; revolución socialista; reformista burgués; el más radical de los movimientos políticos de los años treinta; cimentador de la estrategia capitalista de industrialización; de continuidad básica con el desarrollo anterior y posterior; etapa interrumpida de transición al socialismo; basado en la manipulación de masas para reproducción del sistema; populista; continuador de la Revolución Mexicana; régimen lleno de ambigüedades, etcétera. Con excepción de la etapa revolucionaria de principios del siglo actual, no hay otro periodo de la historia reciente que genere un debate semejante. La historiografía que da cuenta de los años comprendidos entre 1934 y 1940 es también más voluminosa que la relativa a otros sexenios. Lázaro Cárdenas y su periodo de gobierno son difíciles de entender y generan controversia. Para unos –quizá la mayoría– él es un héroe y su periodo presidencial un parteaguas histórico; para otros, es desde un dictador hasta un demagogo y esa etapa de nuestra historia el clímax del desastre.

La hipótesis central de este trabajo sostiene que Lázaro Cárdenas se ha convertido en un símbolo dentro de la cultura política actual, y como tal, se encuentra enmarcado en una red simbólica. Ese sistema simbólico más general es la mitología de la Revolución Mexicana. A partir de la simbolización de Lázaro Cárdenas, se construyen mitos sobre su persona y su actuación, mitificación que implica una divinización o deificación del personaje. Como ningún otro presidente posrevolucionario, se ha incorporado al imaginario social como símbolo de honestidad, integridad, hombría, valor, justicia, nacionalismo, patriotismo y actuación revolucionaria. Pero como todo símbolo, implica también sus oposiciones. Frente a la visión mitificadora se alza la desmitificación: es un demagogo y un traidor a los principios revolucionarios.

Lázaro Cárdenas como símbolo tiene distintas funciones en la historia contemporánea de México: es ideológico en tanto reproduce la dominación de clase; es subversivo en tanto encarna una aspiración de justicia social; es identitario en tanto permite la cohesión de comunidades; es mítico en tanto se expresa con esa estructura. Diferentes sectores de la sociedad han contribuido a la construcción del símbolo y de los mitos: poder, intelectuales, movimientos sociales, pueblo. Las vías han sido libros, discursos, narraciones, memoria, imágenes y rituales. Los fines perseguidos han sido la dominación, la rebelión y la resistencia; han habido también pretensiones científicas, críticas y apologéticas del régimen.

¿Cuál era el sentir de los analistas durante los años en que gobernó Lázaro Cárdenas? ¿Cómo se fue generando una imagen del presidente entre la población? ¿Cuál era esta imagen y a partir de que valores se construyó? ¿Cómo juzgaron los mexicanos de entonces esos años turbulentos? El trabajo intenta responder estas preguntas a través de la revisión de la historiografía sobre Lázaro Cárdenas escrita durante su periodo presidencial. El objetivo es analizar las interpretaciones del periodo asumiéndolas como

una vertiente representativa del imaginario social, depositaria de valores culturales –sobre todo respecto al poder– en la que se condensan las aspiraciones y las prácticas políticas del México de los años treinta.

Las obras que analizamos trascendieron su época y concurrieron a la creación de una interpretación social del periodo y su presidente. Dicha trascendencia se manifiesta en la difusión que tuvieron y en que se apelaría a ellas posteriormente para fundamentar juicios y evaluaciones sobre ese controvertido sexenio, asumiendo que la influencia de los autores seleccionados se restringe al campo de la población letrada, en virtud de que en nuestro país la amplia mayoría de la población no lee y mucho menos lo hacía en ese entonces.<sup>1</sup> Abordamos aquí algunas obras que fueron muy comentadas y que tuvieron difusión a través de medios de comunicación como radio y prensa.

Las diferentes interpretaciones del cardenismo se dan en torno a la caracterización global del periodo, no en función de discrepancias menores. De ahí se extrae la imagen que los autores van contribuyendo a formar de lo que se podría llamar «un sentido común» –o varios– sobre Lázaro Cárdenas y su periodo presidencial. Por otra parte, las lecturas permiten reconocer los gestos, acciones o discursos del presidente que impactaron a la sociedad y fueron interpretados, sirviendo de materia prima a las representaciones imaginarias, es decir, que sirven de referente, de «texto» que va a ser leído por la población y que va a fundamentar las imágenes que se elaboran sobre el cardenismo.

Los autores analizados tienen la característica de escribir en medio de los acontecimientos, sin la posibilidad de la perspectiva histórica. Muestran el clima general, las expectativas y preocupaciones que las reformas básicas del cardenismo despertaban en su momento. Reflejan cercanía, una vinculación real con el proceso que impide tomar distancia, ya que de una u otra manera son actores involucrados –al menos emocionalmente– con el momento que viven. Ellos son Luis Cabrera, Salvador Novo, Antolín Piña Soria, Joseph Freeman, Luis Chávez Orozco, Nathaniel y Silvia Weyl, Eduardo Correa y Manuel Gómez Morín. Sus análisis serán definitivos en la historiografía posterior y sus opiniones son una muestra representativa de las distintas visiones sociales sobre el cardenismo y, sobre todo, del imaginario político de la sociedad mexicana de esos días.

Luis Cabrera, en sus libros *20 años después* y *Un ensayo comunista en México*,<sup>2</sup> recopila los artículos que fueron publicados entre 1930 y 1937 en diversos periódicos y revistas, entre los que destaca la revista *Hoy*.<sup>3</sup> Los artículos de Novo se publicaron también en *Hoy*, entre 1937 y 1940. El semanario es muy leído en su época, y contribuye a formar una imagen de Lázaro Cárdenas entre los «leerperiódicos», como llama Novo al sector letrado de la población al que se dirige. Fueron recopilados bajo el título de *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> «El censo de 1930 registró 16 552 722 habitantes. Los demógrafos del Colegio de México estiman que el censo de 1930 olvidó a medio millón de personas. Según ellos, en aquel año, los habitantes del país eran aproximadamente 17 063 300, y en 1934, no menos de 18 millones.» p. 5 «Sumaban cinco millones los que sabían leer y escribir pero ni siquiera un millón gastaba cultura laica, nacionalista y científico técnica.» p.15: Luis González, *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940. Los artifices del cardenismo*, México, El Colegio de México, 1981.

<sup>2</sup> Luis Cabrera, *20 años después*, México, Ediciones Botas, 1937 y *Un ensayo comunista en México*, Obras completas, vol. IV, México, Editorial Oasis, 1972 (primera edición en Editorial Polis, México, 1937).

<sup>3</sup> Krauze afirma que «Entre las publicaciones políticas semanales de aquel momento, ninguna tenía el público de la revista *Hoy*.» Su director era José Pagés Llergo. Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets Editores, 1997, p. 45.

<sup>4</sup> Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, compilación y nota preliminar de José Emilio Pacheco, México, INAH-CNCA, 1994 (Memorias Mexicanas). La primera edición de la recopilación la publicó Empresas Editoriales en 1964.

Antolín Piña Soria es un ideólogo del régimen. Su libro *Cárdenas socialista*,<sup>5</sup> es un ejemplo representativo de la propaganda oficial transmitida por radio. En el texto *Lázaro Cárdenas visto por tres hombres: Joseph Freeman, Luis Chávez Orozco y Enrique Gutmann*<sup>6</sup> se recoge la visión del Presidente desde la perspectiva de dos periodistas norteamericanos de la revista *New Masses* de Nueva York, así como la del mexicano Chávez Orozco. El libro de Nathaniel y Silvia Weyl *The reconquest of Mexico. The years of Lázaro Cárdenas*,<sup>7</sup> fue escrito durante el periodo presidencial de Cárdenas. Aunque incide en la opinión pública nacional hasta la década del cincuenta, cuando es publicado en español, el análisis del periodo es coyuntural y por lo tanto refleja las polémicas de la época. Eduardo Correa, en *El balance del cardenismo*,<sup>8</sup> escribe en 1940 a partir de información recopilada de la prensa. Sus fuentes son *Excelsior*, *El Universal* y la revista *Hoy*, fundamentalmente, además de numerosos testimonios recogidos por el autor, por lo que su libro refleja la mentalidad de la oposición al cardenismo. Por último, se analizan las opiniones de Gómez Morín,<sup>9</sup> por ser representativas de la posición anticardenista que llevaría a la fundación del Partido Acción Nacional en 1939.

## La difícil caracterización del sexenio

### *El comunismo*

Para Luis Cabrera, el régimen es una nueva dictadura que «va derecho al socialismo científico, a la abolición de la propiedad, a la dictadura del proletariado y hacia una sociedad sin clases, en suma al comunismo.»<sup>10</sup> Es en función de esta concepción del cardenismo, y apelando a su carácter de revolucionario, que Cabrera establece la división entre lo que él llama «La Revolución de Entonces y la de Ahora»:

Por último, uno de los rasgos de la política del General Cárdenas es que todo lo que ha venido haciéndose durante su gobierno y aun el comunismo que se quiere implantar en México, se hace aparecer como un desarrollo de los ideales o de los principios de la revolución de 1910. Llevábamos ya más de un año de oír usar el nombre de la Revolución para todo cuanto se hace y cuanto se piensa hacer, hasta que llegó un momento en que fue indispensable que un revolucionario precisara que unos habían sido los ideales de la revolución de 1910 a 1917 y otros los principios en que se basan las nuevas tendencias del gobierno del General Cárdenas (1937: 222).

Cabrera establece una clara diferencia entre *la Revolución de Entonces*, encabezada por Madero, consumada por Carranza y cristalizada en la Constitución de 1917, y *la*

<sup>5</sup> Antolín Piña Soria, *Cárdenas socialista (Recopilación de los boletines de propaganda radiados tres veces diariamente, a través de la estación radiodifusora «XFX», de la Secretaría de Educación, por su sección del Periódico Radiofónico, durante el tiempo que fungió como jefe de la misma el General Antolín Piña Soria, y como titular de la propia Secretaría el Lic. Ignacio García Téllez. Enero a Junio de 1935, México, 1935).*

<sup>6</sup> *Lázaro Cárdenas visto por tres hombres: Joseph Freeman, Luis Chávez Orozco y Enrique Gutmann* México, Editorial Masas, 1937.

<sup>7</sup> Oxford University Press, 1939. La publicación en español es posterior, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VII, núm. 4, octubre-diciembre de 1955.

<sup>8</sup> Eduardo Correa, *El balance del cardenismo*, México, s.e., 1941.

<sup>9</sup> *Manuel Gómez Morín, constructor de instituciones (antología)*, compilación y estudio introductorio de Carlos Castillo Peraza, México, FCE, 1994.

<sup>10</sup> Luis Cabrera, *20 años...* op. cit., p. 217.

*Revolución de Ahora*, cuyo objetivo es destruir la Constitución y «sustituirla por las nuevas teorías sobre la organización de una sociedad sin clases». El rechazo de Cabrera a la ideología socialista campeante en la época se centra en su concepto de libertad e individuo y en su defensa de la propiedad privada.

## *El desacuerdo principal de Cabrera se ubica en la creación de ejidos colectivos y en la figura del Banco Ejidal*

El individuo, dicen, no debe tener libertad frente a los derechos sociales; el individuo debe ser un esclavo de la Sociedad, cuyas necesidades interpreta y representa el estado. Todos deben ser servidores del estado, esclavos de la tierra, agentes del sindicato, peones de la cooperativa, empleados de un servicio público... Los que combatimos la tiranía del General Díaz por convencimiento de que no había libertad en el régimen Porfirista, no podemos estar conformes con un sistema que es mucho más tiránico que aquel (1937:253).

37

El desacuerdo principal de Cabrera se ubica en la creación de ejidos colectivos y en la figura del Banco Ejidal. Como protagonista de la Revolución, sostiene que el sentido original de la creación del ejido fue el tomarlo como «*un medio de transición* para pasar de la grande a la pequeña propiedad», lo que remite a las polémicas sobre el reparto agrario de la época convencionista:

Fue entonces cuando tomó cuerpo la idea de *reconstruir* los ejidos de los pueblos como un procedimiento para proporcionar al campesino un medio propio de trabajo, tomando las tierras inmediatas a los poblados... se entendía que la división de los grandes latifundios en pequeños ranchos y granjas, era el propósito fundamental, la verdadera solución del problema agrario, que no debía abandonarse. El ejido no era más que una institución de *efectos transitorios* para la evolución del campesino, el medio de hacerlo pasar de peón a ranchero (1937:274).

Siendo ésas las expectativas de los revolucionarios de entonces, el ejido colectivo del cardenismo era pues una aberración:

Porque ahora los ejidos ya no se dan a los pueblos, ni alrededor de los pueblos, sino a todo el que los pide, aunque no los necesite ni sea vecino del pueblo; y si en la comarca no hay quien los pida, para eso hay camiones que por cuenta del Banco Ejidal traigan campesinos de otras partes para formar el censo... Y es así como en el nuevo sistema ejidal, el Banco es el terrateniente, es el amo, es el patrón, es el hacendado, es el banquero, es el comisario municipal, y hasta el maestro de ateísmo. Sustituye en suma al latifundista, al banquero, al gobierno y al clero; las cuatro tiranías que durante siglos han venido pesando sobre el campesino (1937:276).

Una de las críticas más radicales de Cabrera se centra en la reforma del artículo 27 constitucional efectuada en 1933 y en la que se fundamenta el reparto agrario del cardenismo. Los señalamientos de Cabrera ponen de relieve las prácticas políticas de la clase gobernante, que son cuestionadas desde una óptica democrática-liberal que tenía muy poco que ver con la realidad:

El artículo 27 fue reformado en 1933 mediante una encerrona en los salones de la Secretaría de Hacienda en la cual, entre el Ing. Marte R. Gómez, Secretario de Hacienda, el Jefe del Departamento Agrario, Don Ángel Posada y otro señor diputado, redactaron el texto de la reforma entre la una y las tres de la tarde. Ese mismo día fue

presentada la iniciativa al Congreso y ese mismo día fue aprobada con dispensa de trámites en la Cámara de Diputados. Al día siguiente el Senado ratificó sin discusión lo hecho por su hermana menor y en seguida se comunicó el decreto por telégrafo a las Legislaturas de los Estados, las cuales, convocadas y reunidas a toda prisa en sesiones extraordinarias, en menos de una semana habían aprobado la reforma y habían comunicado por telégrafo al Congreso de la Unión su conformidad. Como se ve esa reforma batió el récord de la festinación.

El Sr. Presidente de la República no debería pues mostrar tan especial respeto por las enmiendas a la Constitución, porque en la forma que se han hecho, no sólo por la precipitación, sino por la falta de estudio, están muy lejos de significar la voluntad de la Nación debidamente consultada (1937:359).

Respecto a la política laboral sus opiniones no por parcas son menos contundentes. Reflejan el miedo de los propietarios ante las expropiaciones, cuestión que marcó la visión del periodo:

La aplicación que se ha hecho de las leyes del trabajo no sólo ha mantenido las garantías del artículo 123, sino que las ha venido reforzando hasta el grado de que puede afirmarse que el obrero tiene una situación privilegiada frente al patrón (1937:283).

De igual modo, la expropiación de las empresas petroleras es analizada como una amenaza a la propiedad privada con fines socializantes:

El conflicto entre las empresas petroleras fue solamente el medio legal que el gobierno encontró para decretar la expropiación. Los verdaderos móviles de la expropiación se encuentran en la política general que había venido siguiendo el General Cárdenas respecto a la industria en general. La Ley de Expropiación, no es más que un capítulo del programa general de socialización de la tierra y de los medios de producción que forma el ideal político del Gobierno actual. La expropiación de las industrias petroleras es solamente un capítulo de la expropiación de las demás industrias que será necesario llevar a cabo para cumplir con ese programa (1972:230).

La posición de Eduardo Correa no difiere gran cosa respecto a Cabrera. La crítica fundamental de Correa es el ataque a la propiedad privada, cuestión por la que lo considera comunista:

La iniciativa de Ley de Expropiación que el Gral. Cárdenas envió al Congreso para su discusión y aprobación, y que se convirtió en mandato legal el 23 de noviembre de 1936, fue el primer paso firme y serio que dio para desarrollo de su política de lineamientos comunistas... permite quitarles a unos lo suyo para darlos a otros (1941:109).

En su libro hace una exposición pormenorizada de las expropiaciones de tierras, inmuebles e industrias que se realizaron, enfatizando en cómo se afectó al clero. Relata también las dificultades que enfrentaron los expropiados por obtener indemnización, cosa que, en su opinión, casi nunca lograron. En suma

Se faltó a los cánones de la justicia, a los preceptos de la ética, a las exigencias del pudor para dar vida a lo que debió llamarse, lo repetimos, el úkase del despojo, con el que el Estado, que debe garantizar los derechos de todos, desposee al que se le antoja. Él decide sobre la utilidad pública, social o nacional; él decreta la expropiación;

él dispone la ocupación inmediata y se posesiona de lo expropiado; él dice cómo indemniza y él fija lo que la indemnización importa, sin dejar a la víctima otro camino que el de resignarse y demandar al verdugo alguna conmiseración, ya que se constituye en juez y el salvador recurso del amparo es ilusorio en los tiempos que corren con una Corte de Justicia que desconoce sus deberes por estar incondicionalmente al servicio del Ejecutivo (1941:135).

*Ante el estilo personal de gobernar de Cárdenas –para todos quedaba claro que estaban viviendo algo inédito–*

Respecto a la expropiación petrolera, pese a que no quiere «discutir el derecho que se ha reconocido a Méjico para disponer de sus riquezas naturales o para reivindicarlas»

La realidad es que la expropiación se decretó, siguiéndose los lineamientos de la política cardenista, para destruir el capital, favorecer a los obreros y hacer alarde de nacionalismo y de energía... (1941:161).

39

### *La indefinición*

Mientras unos veían comunismo, otros simplemente veían indefinición. Ante el estilo personal de gobernar de Cárdenas –para todos quedaba claro que estaban viviendo algo inédito– los debates sobre la caracterización del régimen se hacen a partir de las comparaciones con Stalin, Hitler y el *New Deal* de Roosevelt. Ante los frecuentes señalamientos sobre el carácter comunista del régimen, Cárdenas pronuncia en marzo de 1940 un discurso en Chilpancingo en el que aclara que «el gobierno obra dentro de los lineamientos del programa revolucionario, de acuerdo con exigencias nacidas de las condiciones peculiares de nuestras masas, de los requerimientos del medio y de las enseñanzas de nuestras luchas, que imprimen al movimiento revolucionario mexicano una personalidad inconfundible dentro del movimiento proletario mundial.»<sup>11</sup> Novo rechaza las críticas que consideran comunista al régimen, pero también se permite caracterizarlo:

La personalidad inconfundible del movimiento revolucionario mexicano que el presidente Cárdenas le descubría dentro del movimiento proletario universal, venía así a residir en su condición de no ser, dentro de fórmulas claras, ni chicha ni limonada (1994:593).

Gómez Morín, en su «Informe a la Asamblea Constituyente de Acción Nacional, rendido el 14 de septiembre de 1939», hace un balance del periodo, en el que expresa su concepción del régimen. En esencia, encuentra confusión, alejamiento de los intereses nacionales, incongruencia entre la práctica y la ley e imprecisión de objetivos:

la sociedad actual está sacudida desde sus cimientos y parece haber perdido la noción misma de trayectoria y de destino; porque México pasa por una época de especial confusión y los problemas tradicionales, trágicamente intactos, se agravan con problemas nuevos de extrema gravedad; y porque una pesada tolvanera de apetitos desencadenados, de propaganda siniestra, de «ideologías» contradictorias, de mentira sistemática, impide la visión limpia de la vida nacional... Nunca como

<sup>11</sup> Salvador Novo, *La vida...* op. cit., p. 592.

*Gómez Morín  
considera que no  
existe una conciencia  
cívica y por eso se dan  
a la tarea de organizar  
el Partido Acción  
Nacional*

ahora han sido graves los problemas de México, nunca más urgente reemplazar la marcha ciega de la nación hacia lo desconocido, por una orientación precisa y definida; nunca tampoco más necesario dar congruencia a la organización jurídica y a la acción política, con las realidades y los intereses espirituales o materiales de la nación; tener en cuenta la tradición y el destino nacionales... (1994: 133).

El régimen parte de «una contradicción interna de la que no puede escapar»:

40

la colectivización se ha hecho coexistir con una tesis constitucional que exige la distribución individual de la tierra... y si entendida como forma exclusiva de organización la colectivización agraria sería un fracaso, partiendo de la contradicción interna de que el régimen parte y de la que no puede escapar, esa colectivización es un desastre mayor todavía... (1994:152).

Para terminar con el régimen «insincero, confuso y contradictorio» que se vive en 1939, convoca al pueblo a hacer una elección, pero profunda y consistente, entre dos alternativas de nación:

Se trata ahora de optar entre dos extremos que no representan ya una mera diferencia de opinión o de personas dentro de un concepto único de la nación, sino que significan una decisión sobre el destino mismo de la nacionalidad. No entenderlo así, ignorar esa profunda causa de inquietud nacional, derivarla a un cambio limitado a las personas, será condenar al país a una etapa de sobresalto y de convulsiones que acelerará su ruina. Mantener, por otra parte, la apatía y la inacción generales que permiten a un hombre o a un grupo enfrentados a la colectividad resolver el futuro nacional, será un crimen (1994:152).

Gómez Morín considera que no existe una conciencia cívica y por eso se dan a la tarea de organizar el Partido Acción Nacional. En una entrevista posterior, hecha con Wilkie considera que

ya había en México una situación intolerable: una amenaza inminente de pérdida de la libertad... Entonces pensamos en la necesidad de revisar todo el problema político de México, porque en la base de ese problema está la falta de ciudadanía: no habíamos sido formados ciudadanos; no teníamos antecedentes de ciudadanía.<sup>12</sup>

Convoca al pueblo a oponer resistencia al «hombre y su grupo» que mantienen al país en ese caos, para lo que apela a la formación de una conciencia ciudadana que saque al pueblo de su apatía. Convoca a la actuación política organizada, para oponer un dique al gobierno:

Han ido formándose así núcleos crecientes en toda la república, siempre sobre dos bases: la primera, una definición de los principios que integran nuestra interpretación de la sociedad y de la patria; la segunda, una determinación resuelta a romper la

<sup>12</sup> James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México en el siglo XX*, entrevistas con Manuel Gómez Morín, México, Jus, 1978, p.8, cit. por Castillo Peraza.



tradición anárquica y estéril de la abstención de la acción individual para ordenar y hacer posible la acción colectiva (1994:135).

En su «Informe a la nación. Respuesta al discurso pronunciado en Chilpancingo por el presidente de la República, Gral. Lázaro Cárdenas el día 20 de febrero de 1940», rechaza la caracterización comunista del régimen:

Del gobierno mismo pocos dicen que sea comunista. Es comunizante; es frente-populista. Obra como si creyera en el comunismo y en sus más graves errores fundamentales; pero lo niega o, en el mejor de los supuestos, lo ignora, y trata de conservar la apariencia de un sistema democrático y liberal (1994:144).

El sistema extranjero que se ha querido imitar y que no sólo es inadaptable a México, como dice el Presidente, sino que ha sido un fracaso allá mismo, es el sistema de koljós, intentado en Rusia sobre un mar de sangre (1994:145).

41

Se manifiesta en contra de la colectivización y contra de la cláusula de exclusión y de la intervención estatal en el sindicalismo:

la unidad climática, de irrigación, de cultivo y de maquinaria de crédito no obliga en forma alguna, ni en México, ni en ninguna otra parte, a la colectivización...

Son los abusos y desviaciones, es la corrupción interna de las organizaciones obreras lo que motiva no sólo críticas justificadas, sino ese angustiado sentimiento de inconformidad que vuelve imposible el trabajo en paz y que desvía y desorienta la misma acción obrera en la lucha por su mejoramiento. Y esa corrupción interna es debida a un solo factor: la penetración del régimen en las organizaciones para hacer de ellas capital político... (1994:146).

Gómez Morín considera que el error más grave del régimen es la educación socialista.

El artículo 3º constitucional, su Ley Reglamentaria y la acción concreta de los funcionarios de Educación, sí están destinados a atacar, y actualmente atacan, las convicciones religiosas, la libertad de pensamiento filosófico, la unidad de la familia y la conservación de su peculiar y venerado perfil en México... (1994:147).

Entre los problemas graves, está el que se ignore a la opinión pública simulando tolerancia:

El peor de los regímenes reaccionarios nunca llegó en México a tener tan grande desdén de lo humano... no disfrazó de tolerancia su desdén real de la opinión pública ni de generosidad su desprecio para esa opinión y su preferencia por los medios represivos subrepticios.

Sólo una ceguera voluntaria, un sectarismo cerrado, una ignorancia cabal, un desdén sin nombre por la opinión pública, pueden explicar, como se ha dicho ya, la conducta que desde 1934 se viene siguiendo en los asuntos de la educación en México. Porque no hay una sola razón que pueda darse en favor de esa conducta, y existen en contrario todas las razones científicas, pedagógicas, de historia y de experiencia, de orden filosófico y de posibilidad y de conveniencia prácticas, de naturaleza social y de congruencia política. Pero en vez de atender a esas razones, de discutir las siquiera, el régimen se ha empeñado en llevar adelante el más absurdo de los errores... (1994:152).

Frente a los calificativos del gobierno, que llama reaccionarios y retrógrados a los opositores, Gómez Morín defiende el derecho a oponerse sin ser descalificado:

*Gómez Morín  
considera que el error  
más grave del régimen  
es la educación  
socialista*

«No hay en México quien piense ya en una regresión, en la que algunos llamarían regresión social y política; no hay un solo hombre consciente y honrado que quiera reducir, o mantener estable por lo menos, el bajísimo nivel de vida que tiene la mayoría de los mexicanos. Nadie, con elemental sentido de justicia, con el menor sentimiento humano, piensa conveniente

un régimen social fundado en la explotación o que no trabaje eficazmente para combatir la opresión, la miseria y la ignorancia» (1994:153).

42

En el «Informe rendido a la segunda convención nacional de Acción Nacional, el 20 de abril de 1940», sostiene que el gobierno, quien «parece obligado por una farsa ideológica», no ha sabido dirigir el desarrollo económico. El intervencionismo estatal es cuestionado:

Por ruda ignorancia y por conveniencia política, la historia de la intervención del poder público en la organización industrial en México es la de una serie de interferencias del propio poder para gestionar, enardecer y desorientar la lucha social... Ni siquiera supo mantenerse imparcial como Estado y dejar que las propias fuerzas en pugna hicieran su organización y buscaran su equilibrio (1994:159).

En conclusión, Gómez Morín manifiesta su deseo de «volver a senderos de claridad».

### *El socialismo*

No obstante su nulo contenido analítico, la importancia del libro de Piña Soria<sup>13</sup> reside en que permite vislumbrar el clima ideológico del momento y el tono de la propaganda oficial que contribuyó a generar una imagen del presidente y sus colaboradores entre la población, a través de un medio de mayor penetración que la prensa, pese a que la cobertura de la XFX, radiodifusora de la Secretaría de Educación, no rebasara seguramente el ámbito de la capital del país.

La fama de socialista que adquirió el presidente Cárdenas no provino exclusivamente de los sectores de derecha. Numerosos servidores públicos eran defensores de esa doctrina y se encargaban de reinterpretar las acciones y discursos presidenciales otorgándoles muchas veces un significado que no tenían, aunque no hay evidencia de que el presidente de la república los haya desmentido. Ése es el caso del general Piña Soria. En la introducción del libro, asienta:

Cárdenas, socialista. Es una afirmación incontrovertible; y el título de este libro que entrego a la conciencia del proletariado mexicano para acrecentar, si esto fuere posible, la identificación definitiva que existe entre la masa que sufre, que aspira y que lucha y el hombre que tiene la responsabilidad de lograr, como guía y como jefe, la liberación de los explotados. En cada página va un jirón de su pensamiento y en cada uno la revelación de su perfecta, clara, definida y concreta posición ideológica: socialista puro (1935:5).

<sup>13</sup> Sobre el autor Novo comenta que era «perteneciente al clan del materialismo dialéctico, ayudante de Vicente Lombardo Toledano y biógrafo del presidente Cárdenas.» Salvador Novo, *La vida...* *op. cit.*, p. 401.

Un elemento que resalta de interpretaciones como las de Piña Soria es la apelación a la Revolución Mexicana, origen de todos los posibles rumbos a seguir, inclusive el socialista, cuestión que, como vimos, enfurecía a los revolucionarios *de entonces*:

La Revolución de 1910 fue la expresión del ansia colectiva de un pueblo sometido al yugo y a la inicua explotación de un régimen agrícola feudal; fue la petición violenta de los campesinos mexicanos de una justicia integral... ¿Qué es el Gobierno del General Cárdenas? Es el órgano administrativo de la Revolución Mexicana dedicado a la destrucción de las causas que mantienen en este estado inferior de vida a grandes sectores de la población [p.105] Siempre que la Revolución intenta un esfuerzo encaminado a romper viejos moldes y a crear nuevas modalidades de vida en beneficio de las clases explotadas, la reacción se agazapa para lanzar la acusación de que se trata de "una maniobra antipatriótica"... La obra de la Revolución es eminentemente patriótica, pero no en el sentido fetichista ni en su carácter de chovinismo exaltado, sino en la forma de un noble sentimiento que, convertido en acción, haga que todos los habitantes del país participen de los mismos derechos en la distribución de la riqueza (1935:147).

43

La eterna disputa por la Revolución Mexicana y por quienes son sus más fieles seguidores y representantes es un tema recurrente. Nadie la niega, nadie la rechaza, todos quieren representarla y continuarla. Para Luis Chávez Orozco<sup>14</sup> en su «Interpretación marxista de Lázaro Cárdenas» no hay duda de que el periodo cardenista constituye una etapa revolucionaria, de carácter proletario:

La etapa histórica que vive México en estos instantes puede caracterizarse así: se trata de un movimiento plenamente revolucionario. Sólo que la revolución que en estos momentos se opera en México ofrece características tan peculiares que jamás, en ninguna época de nuestra historia, se habían exhibido. Las peculiaridades de esta revolución son las siguientes: a) se realiza desde el poder, con el apoyo de las masas proletarias; b) se realiza sin sangre; c) se realiza independientemente del factor que tradicionalmente había participado antes como decisivo, es decir, sin la intervención del ejército.

La revolución actual se inició desde el instante en que históricamente fue posible que en México participara, con éxito, en la lucha político-electoral, un hombre cuya fuerza política no estuviera condicionada por los designios de Plutarco Elías Calles, sino por el apoyo que le dieran las masas (1937: 25).

Pese a la interpretación marxista que pregona, la figura de Lázaro Cárdenas es vista como algo providencial, las condiciones objetivas de la revolución estaban dadas pero faltaba el líder:

Las masas campesinas y obreras del país adquirieron conciencia de ese engaño [su utilización en provecho de la burguesía]; de la iniquidad con que eran manejadas con perjuicio siempre de sus intereses de clase; del cercenamiento constante de sus conquistas; de la burla perpetua de sus derechos, cuando apareció en el campo electoral Lázaro Cárdenas. La aparición, más bien dicho, la revelación de Lázaro Cárdenas en la escena histórica de México sorprende por su oportunidad. Ningún hombre, en efecto, como él, surgió en el preciso instante en que se le necesitaba como un factor de renovación (1937: 28).

<sup>14</sup> 1901-1966. Subsecretario de Educación entre 1936 y 1938, Jefe del Depto. Autónomo de Asuntos Indígenas entre 1938 y 1940, Secretario General del SNTE en 1940. Historiador de la Colonia.

Más adelante aclara que pese a que considera que la historia no está determinada por los designios de un hombre, la acción de Lázaro Cárdenas es eficaz en función de que representa las necesidades de las masas:

porque no ha sido resultado del capricho personal, sino efecto de las circunstancias que él ha sabido apreciar y aprovechar en todo su alcance y valor... Encarnación de la conciencia colectiva, personificación palpable de los anhelos de las masas, representativo del momento histórico que vivimos, eso y no otra cosa, es Lázaro Cárdenas (*idem*).

En suma, el periodo se vive como una revolución proletaria:

44

La revolución de 1935-1937, dentro de cuya agitación vivimos, es el instante en que las masas proletarias, ya no sirviendo de instrumento, sino obrando por cuenta propia, dado el desarrollo de su conciencia de clase expulsan del poder a una oligarquía, instrumento del imperialismo, que se había formado con los despojos de la revolución anterior (1937: 29).

Los Weyl sostienen que a partir de la designación de Cárdenas en 1933 como Secretario de Guerra en el gabinete de Abelardo Rodríguez, los políticos revolucionarios más radicales empezaron a manejar la candidatura de Cárdenas a la presidencia por contar ya con una sólida imagen de izquierdista:

Tan impresionante era la reputación de Cárdenas como izquierdista, que los políticos del Partido Nacional Revolucionario tuvieron que asegurar a los partidarios más tímidos que México no adoptaría el comunismo si Cárdenas resultaba electo (1939: 190).

Para los autores, el «objetivo socialista» era una meta clara desde la elaboración del Plan Sexenal en 1933. Esta aproximación al socialismo consistía en

la transformación de México en un país en donde el ejido sería la forma preeminente de tenencia de la tierra; el fortalecimiento de los sindicatos y la aplicación de la ley del trabajo; la eliminación progresiva de los intermediarios por medio de cooperativas prohijadas por el Gobierno; y, finalmente, mayor intervención estatal en la vida económica como medio de aproximarse al objetivo socialista (1939: 191).

A pesar de que el Plan terminó resultando «un trabajo de parches y compromisos», concluyó por retomar los lineamientos revolucionarios abandonados en el maximato. Sostienen que a pesar de su «herencia bastarda», Cárdenas decidió darle una «interpretación socialista»:

Cárdenas no solamente estudió el plan sino que lo asimiló. Descubrió que era un flexible instrumento que podía ser orientado a voluntad, ya fuera hacia el colectivismo o al corporativismo. Decidió basar su campaña electoral en una interpretación socialista del nuevo programa del Partido Nacional Revolucionario (1939: 194).

En el contexto del ascenso del fascismo en Europa, el gobierno de Cárdenas es caracterizado como una revolución pacífica de transición del capitalismo al colectivismo:

Mientras las democracias de Europa luchan en los campos de batalla por sobrevivir, nuevas fuerzas están trabajando en América para darle más vida a la tradición reformista social. Roosevelt en los Estados Unidos y Cárdenas en México han seguido

nuevos caminos en su búsqueda de una solución a los graves problemas que amenazan a la democracia... Por otra parte, un régimen que procura acoplarse inteligentemente con los complejos problemas de transición del capitalismo al colectivismo, puede proporcionar una respuesta efectiva al asalto fascista. Desde este punto de vista, la revolución pacífica de México es uno de los pocos síntomas contemporáneos de vital experimento social llevado a cabo dentro de un marco democrático (1939: 122).

### *En síntesis, Cárdenas había cruzado el Rubicón*

La vía mexicana al socialismo es definida así por los autores:

México ha desarrollado nueva técnica y estrategia en su batalla contra el feudalismo de la tierra. La forma y funciones de los bancos agrarios y su papel como órganos directivos son creaciones específicamente mexicanas. Si la meta del socialismo es internacional y uniforme, los caminos para llegar a él son nacionales y multiformes. La historia no es repetición, ni tampoco es economía la repetida aplicación de principios preexistentes (1939: 252).

45

Entre los elementos importantes para sostener una afirmación como la anterior, destaca la creación del Comité Regulador del Mercado de las Subsistencias, como organismo sin fines de lucro con la finalidad de comprar directamente a los campesinos y vender por medio de los canales de distribución vigilados por el gobierno. Para los Weyl, el modelo de desarrollo económico tiene la siguiente lógica:

el Comité Regulador puede llegar a ser el factor de equilibrio de una articulada agricultura cooperativa mexicana, que comprendería la producción en las granjas colectivas, el transporte por los ferrocarriles nacionalizados, la transformación en fábricas dirigidas por los obreros y la distribución a través de cooperativas de consumidores. En un sistema semejante, sería esencial un mecanismo centralizado de control de precios (1939: 257).

En síntesis, Cárdenas había cruzado el Rubicón:

México ha llegado a un punto, como Cárdenas lo reconoce claramente, donde la tarea de liberar a los campesinos de un sistema de producción feudal no puede cumplirse sin introducirse en el campo de la organización socialista. El Rubicón que divide la forma burguesa y la revolución socialista ya se ha cruzado (1939: 266).

Los argumentos para corroborar esto son: la presencia de más de 2 500 cooperativas, la administración obrera de las industrias nacionalizadas (insisten en entender este aspecto de Cárdenas como anarcosindicalista), la creación del Banco Obrero. Pese a la claridad con que afirman que se trata de un régimen de transición al socialismo, cuando analizan la reforma al artículo tercero señalan que existía entonces una confusión «desenfrenada»:

Si se repasan los debates parlamentarios de 1934, se ve la desenfrenada confusión de los legisladores respecto a la naturaleza de la filosofía socialista que iba a guiar desde entonces la educación mexicana. El socialismo había sido uno de los reclamos de la incoherente Revolución mexicana. Para algunos era sinónimo del agresivo nacionalismo económico; para otros personificaba una justicia social vagamente concebida en la matriz de las instituciones capitalistas; mientras que para una pequeña minoría significaba el patrón marxista de una sociedad sin clases (1939: 297).

La principal debilidad de la «revolución socialista» de Cárdenas consiste, según los autores, en «no destruir la posibilidad del viejo orden de continuar resistiendo». Para darle continuidad y terminar con las reformas, sugieren la reelección, a la que Cárdenas se ha negado sistemáticamente.

Sin embargo, los acontecimientos venideros pueden convencerle de la necesidad de continuar teniendo en sus manos el poder efectivo, ya sea como Presidente o como “el poder tras el trono”, hasta que su programa básico social y económico haya sido concluido y se hayan echado los cimientos de una genuina democracia (1939: 306). Su devoción a la democracia es genuina... ha prometido retirarse de la vida pública cuando su periodo presidencial expire... Sin embargo, puede asumir la dirección del Partido de la Revolución Mexicana ... este sería el tipo de ajuste realista que debe hacerse cuando 2 principios fundamentales se hallan en conflicto. Porque si Cárdenas cree en los procedimientos democráticos, no los considera más importantes que el proceso de la revolución social (*idem*).

### *Las imágenes del presidente*

Las distintas imágenes del presidente, que los autores van formando, se derivan de su concepción del periodo. Cuando se coincide con las acciones del gobierno, los rasgos de la personalidad de Cárdenas se convierten en virtudes, mientras que si se está en desacuerdo, se les considera defectos. Se van delineando así las dos percepciones fundamentales.

Cabrera fue un crítico enérgico del gobierno de Lázaro Cárdenas. Plantea, de inicio, que al ser designado Cárdenas candidato a la presidencia se pensó que Calles había escogido al más idóneo para continuar con su poder a trasmano. Pero no fue así, señala, ya que Cárdenas fue lo suficientemente hábil para deshacerse de la tutela del Jefe Máximo, demostrando autonomía:

El General Cárdenas durante su campaña presidencial visitó todo el país, Estado por Estado y ciudad por ciudad, teniendo buen cuidado de mantenerse lejos de la capital de la República y ajeno a la política palaciega, logrando así dejar bien sentado que hacía realmente una campaña electoral, dándose a conocer, para que su elección no pudiera atribuirse después a meros manejos políticos del General Calles por conducto del PNR (1937: 206).

Según Cabrera, el contacto de Cárdenas con las masas no tuvo otro objetivo que dotarse de una fuerza propia que le permitiría romper con Calles

Sus constantes viajes por la República le proporcionaron además algo más valioso que el conocimiento de los problemas regionales, y fue el contacto directo con las masas a quienes constantemente trató, halagó, mimó y persuadió, logrando por fin hacer que su personalidad echara raíces propias, haciendo olvidar a los mexicanos sus orígenes políticos. En el campo y en el taller, sobre todo fuera de las ciudades, acabó por conocerse y apreciarse por sí mismo, y no como un apóstol del callismo (*idem*).

Cabrera considera que Cárdenas no es un político ingenuo. Por el contrario, lo compara con Santa Anna, Porfirio Díaz y Obregón en función de su «sagacidad». Si cuando fue designado candidato a la presidencia por Calles se podía pensar que Cárdenas era «un tonto, un ignorante y un inculto», a dos años de distancia

todo aquel que habla con el Presidente se da cuenta de que percibe rápidamente y con precisión los asuntos que se le tratan, por complejos que sean, y queda convencido de que el General Cárdenas posee una inteligencia clara, buena memoria y firme atención, aunque estas cualidades no se aprecian debidamente a causa del desorden en que trabaja. Después de dos años de prueba, el General Cárdenas ha demostrado pues a los mexicanos que no es ni un tonto, ni un ingenuo, ni es ya inculto, ni resultó un mero instrumento del General Calles (1937: 208).

Para Cabrera, Cárdenas tiene «destreza para controlar a todos los demás sectores del gobierno». No utiliza el término presidencialismo, pero sí describe la subordinación del poder legislativo y judicial a la figura presidencial. La misma subordinación obtuvo del ejército. Irónico, señala que un control político semejante sólo lo obtuvo Porfirio Díaz:

Las Cámaras, por ejemplo, que de callistas que eran se han convertido al Cardenismo, ya no son más que un conjunto de empleados sumisos en el último periodo de subordinación al Ejecutivo, que van en manada a pedirle la consigna y a consultarle los más pequeños asuntos de su resorte... Desde el principio de su gobierno el Poder Judicial quedó organizado *ad hoc* para que no fuese más que un instrumento obediente de su política... El General Cárdenas demostró además una gran habilidad sólo comparable a la del General Díaz, para manejar estratégicamente las Jefaturas de Operaciones y para mantener al ejército satisfecho y por consiguiente leal a su gobierno... (1937: 209).

La subordinación del Poder Judicial al Presidente es uno de los hechos enfatizados por Cabrera para sostener su argumento de que Cárdenas es un dictador. Una de las medidas más controvertidas del cardenismo fue la supresión de la inamovilidad de los magistrados de la Suprema Corte de Justicia. La democracia liberal es violentada:

Fue el General Cárdenas, ya electo Presidente, quien personalmente presentó al Congreso de la Unión la iniciativa para reformar por segunda vez la organización del Poder Judicial, acabando con la independencia de origen y suprimiendo la inamovilidad... En vez de la duración indefinida de los magistrados de la Corte, el general Cárdenas estableció el sistema de que éstos debieran durar en su encargo seis años. Los mismos seis años de su gobierno y los seis años de su Plan Sexenal. El daño que el General Cárdenas se ha hecho a sí mismo desde el punto de vista político, con esta reforma, es nada en comparación del daño que ha hecho a la Nación y a las generaciones futuras; porque como la designación de los ministros de la Corte tendrá que seguir coincidiendo con la toma de posesión del Poder Ejecutivo, el sistema puede resumirse diciendo que en lo sucesivo los Presidentes de la República tendrán el derecho de nombrarse cada quien "su" Suprema Corte de Justicia, a fin de estar seguros de la forma en que ésta los apoyará en su política, y aplicará la Constitución en su favor (1972: 333).

En opinión de Cabrera, el gobierno es centralista, y de «procedimientos porfirianos». Mientras que Díaz justificaba sus acciones por el apego a la legalidad, Cárdenas esgrime una nueva arma que «ha sabido emplear muy bien, y que es la justificación de sus actos bajo el aspecto de protección a las clases proletarias». La defensa del proletariado, dice Cabrera, no justifica los ataques a la propiedad, cuestión que es central en la argumentación de este autor:

El General Díaz daba a manos llenas o dejaba robar a sus lugartenientes, para que éstos le ayudaran a dominar al pueblo, a quien se proponía mejorar abriendo nuevas

fuentes de trabajo. El General Cárdenas va directamente a los interesados mismos que son los trabajadores. Y por medios directos: no fomentando nuevas fuentes de trabajo, sino por la vía más corta, tomando las que existen y entregándolas a los trabajadores, material o virtualmente, para que ellos las aprovechen (1937: 214).

Cabrera reconoce el clima de libertad de expresión que impera durante el cardenismo, aunque se muestra ofendido por la incapacidad del Presidente de oír a los que opinan distinto y por el aparato de propaganda oficial que ensordecía al mandatario:

Cuando se haga la crónica del gobierno del General Cárdenas, la historia le quedará reconocida de que en su tiempo no se haya quemado a los periodistas, ni se les haya desterrado, ni se les haya encarcelado. Pero la historia dirá que el Presidente Cárdenas, tan respetuoso de la libertad de palabra, no podía oír la voz de la opinión pública, porque en todos los salones de los edificios públicos había mandado instalar magnavoces que reproducían en varios idiomas sus propias palabras y que a todas horas del día y de la noche estaban repitiendo las mismas alabanzas exageradas y retumbantes, que no dejaban hablar ni pensar (1972: 198).

La fuerza y la aceptación que el Presidente iba adquiriendo en la opinión pública irritan a Cabrera. En sus escritos se trasluce el hartazgo que pudo haber provocado la propaganda oficial y los discursos de los líderes, los que enaltecían a Cárdenas de manera demagógica. Por ejemplo, respecto a la expropiación de las empresas petroleras, señala:

Ante todo, nuestro amor propio quedará satisfecho. Nuestro prestigio crecerá inconmensurablemente en la América del Sur. Somos muy hombres... El General Cárdenas es el héroe de esta verdadera independencia. ¡Qué Hidalgo, ni qué Morelos, ni qué Juárez, ni qué jaranas! El verdadero padre de nuestra independencia es el General Cárdenas. No hay hombre más grande que él. Ahora sí ya somos libres y soberanos (1972: 255).

Respecto al reparto agrario en Yucatán, ironiza respecto a las intenciones del presidente, al que le adjudica un interés redentor y mesiánico:

Al desembarcar en aquellas tierras, lo primero que dijo fue que iba a redimir a la raza maya, a hacerle justicia, a libertarla de sus opresores, a civilizarla, a hacerla feliz, en suma, entregando a sus hombres la única riqueza de aquella región, que son los plantales de henequén que erizan sus manojos de puñales hacia el cielo en aquella pampa pedregosa... Según las declaraciones presidenciales, se trata de redimir a los mayas, en unas cuantas semanas, de la secular esclavitud en que han vivido durante cuatrocientos años. Es una *redención* (1972: 151).

La visión de Cabrera refleja el desacuerdo ante la interpretación de la Revolución Mexicana y de la Constitución de 1917 que lleva a la práctica el ala radical del PNR en 1933, con la redacción del Plan Sexenal y su posterior aplicación durante el sexenio cardenista. El tema eje de esta divergencia es el ataque a la propiedad privada y la reivindicación de la Revolución Mexicana como algo esencialmente distinto a lo que se está viviendo. El disgusto evidencia la diferente concepción de los objetivos de la Revolución y el deseo de reivindicar su autoría. Cabrera fundamenta su autoridad y la validez de sus opiniones en considerarse un protagonista de aquella lucha, pero eso, el no haber sido escuchado por Cárdenas, pese a su investidura, es una cuestión determinante en su posición crítica. El que la oposición no tuviera cabida en los espacios de gobierno,



dominados por el PRM, es un punto central en el debate. De ahí que Gómez Morín lamenta la ausencia de una «cultura ciudadana» que saque al mexicano de su inercia y lo lance a la acción.

En una posición intermedia entre los opositores y los admiradores decididos se encuentra Salvador Novo. En su visión sobre Cárdenas aparecen los elementos centrales de la personalidad del Presidente que tendrían un impacto en la población.

Viajero incansable, busca el contacto directo con el pueblo. Le llama «el presidente viajero». A diferencia de Cabrera, quien sólo ve en las giras una maniobra para romper con Calles, Novo considera que la legitimidad del presidente se fundamenta en ese contacto con el pueblo, en gobernar para todos:

Desde que Juárez, más por la fuerza de la necesidad que por su gusto, vagó con el gobierno de México por todo su territorio, no se había dado el caso de que un presidente comenzara por desdeñar el muelle confort de un *peu faisandé* del Castillo de Chapultepec, conservara la costumbre de madrugar, e iniciara por añadidura la de que los gobernantes lo fueran de todo el país, y lo recorrieran constantemente en giras. Al presidente Cárdenas le estaba reservado inaugurar una costumbre que los que le sigan habrán de seguir, si quieren gozar como él de una popularidad Harun-Al-Raschidica que las figuras prominentes de la política no pueden adquirir sino en contacto con el pueblo... (1994: 560 y s.).

A través del tono irónico se va perfilando una imagen de Cárdenas que parece ser eco de la opinión pública: la popularidad, la entrega a su trabajo, el asumirse como gobernante de la nación entera, el romper con la inercia de los gobiernos lejanos al pueblo. Los viajes, según Novo, son indispensables para conocer la realidad sin ocultamientos. De pasada, Novo señala que si Cárdenas confiara en sus funcionarios locales, y si éstos trabajaran bien, le ahorrarían mucho tiempo y esfuerzos al presidente.

El problema [agrario] parece, en realidad tan agudo, que el presidente Cárdenas pasa varios meses empapándose en él, y en su tren o a caballo, realiza desesperados esfuerzos por sustraerse de la muralla de políticos que no le dejan ver el bosque del campo con la pureza de visión que él quisiera (1994: 482).

La expropiación petrolera generó tal valoración positiva del presidente Cárdenas, que se empezó a demandar su reelección. Es la honradez el valor fundamental.

La dificultad político-nacional ha estado siempre en torno de la calidad humana del presidente y es lógico admitir que, cuando por fortuna ha llegado al poder un hombre probo, sencillo, bien intencionado y dotado de una envidiable capacidad de acción, a todo trance urge que permanezca al frente de la administración pública. Esto es lo que siente el pueblo, o mejor dicho, lo que desea vivamente y esto es también lo justo. *¿Qué espera el Congreso de la Unión para convocar a una sesión solemne en el curso de la cual, por aclamación, se modifique la Constitución ampliándose el periodo de ejercicio del señor presidente?* (1994: 232 y s.).

Durante la lectura de su informe de gobierno, en septiembre de 1939, el cronista relata que «se escuchan gritos de las galerías: "¡Viva el presidente más honesto que ha tenido México!"» Señala que Cárdenas gozó durante su periodo presidencial de la credibilidad del pueblo. Una de las características del Presidente que más atraen la atención de Novo es su afán de reconciliación:

*A través del tono irónico se va perfilando una imagen de Cárdenas*

mandó al archivo más de tres mil procesos por rebelión al emitir un decreto de amnistia que periódicos e interesados se apresuraron a interpretar como un conmovedor abrazo de reconciliación con los exilados –borrón y cuenta nueva (1994: 33).

Otro aspecto que Novo destaca es el hecho de que es incansable, hiperactivo

El activo Cárdenas salió de su casa muy temprano el sábado siguiente e hizo un extenso recorrido por el exlago de Texcoco, acompañado de técnicos y funcionarios que se verán en aprietos y sudarán la gota gorda para cumplir las promesas y las órdenes que el incansable presidente va desparramando en sus excursiones. Concluido este comparativamente breve recorrido, se anunció que pronto realizará otro nacional, esta vez por el sureste (1994: 34).

50

Su aspecto personal es austero. Esto incide en la imagen de sobriedad que se va teniendo del Presidente

recibió, vestido simplemente de luto, a los nuevos representantes diplomáticos... Octavio Reyes Spíndola, jefe del ceremonial, averiguó que ninguna ley lo obligaba a vestirse como su antecesor... sombrero alto y..., usará traje negro de calle (*idem*). Reacio a perder con los diplomáticos un tiempo que prefirió perder con los campesinos, el presidente Cárdenas rehuyó con éxito durante seis años la imposición de un *frac*, de un *jaquet*, de un *tuxedo*, hizo del traje negro su mayor concesión a las convenciones de la indumentaria civilizada (1994: 718).

La sobriedad lo convierte en un ser puritano

Para que se sintieran como en su casa, los corresponsales extranjeros fueron obsequiados con unas copitas de oloroso *whisky*, el cual paladearon durante una breve ausencia del presidente Cárdenas, ya que es sabido que él siente aversión por los alcohólicos y por los nicotínómanos, de allí que los comebebensales se abstuvieron de encender cigarrillos en su presencia (1994: 282).

Respecto a los indígenas, Cárdenas lleva las cosas más lejos. Está empeñado en terminar con el consumo de alcohol, cuyo uso fomentan los explotadores. Desde la lógica de las libertades individuales Novo manifiesta su desacuerdo, aunque coincide en que la explotación del indio conlleva su alcoholización. Respecto al indigenismo oficial, observa en el tono ambiguo e irónico que lo caracteriza la decidida intención del gobierno de resolver la problemática indígena:

No completamente convencido de que los indios no son otra cosa que blancos sin chaleco; de que se lo pondrían si pudieran y tuvieran; de que las artes populares son inferiores como arte y nocivas como preindustrialismo, el gobierno ha seguido asumiendo con respecto a los indios una actitud sentimental, premarxista, arqueológica (1994: 64).

Pero más adelante, escribe, destacando al presidente como un sincero indigenista:

los indios deben al no interrumpido contacto del presidente Cárdenas con sus necesidades inmediatas elementales de aguas, tierras, comunicaciones y útiles, la esperanza de un acceso más o menos próximo a una etapa de trabajo y sustento que los despoje del mito, los incorpore al grueso de sus hermanos obreros, y los haga marchar de su mano hacia un futuro internacional y multicolor (1994: 65).

La percepción de Cárdenas como un hombre fuerte, con todo el poder, se antepone como mérito propio a la crítica velada del presidencialismo, de la sumisión del poder legislativo y del control absoluto del «partido de estado»:

Ateos como, gracias a Dios, nos hemos conservado, sin incurrir en chicha ni en limonada, el Plan Sexenal no va más allá del aire de familia con los planes de Stalin ni con los de Hitler. Traduce el justificado deseo de nuestros políticos de mantenernos a la última moda en teorías sociales, llamándole cadáver a cualquier muerto sin recordar que, cadáver, el de Juárez; pero no nos expone a una dictadura de ningún tipo, ni se sustenta en ella su cumplimiento. Sencillamente pugna por compensar los déficit de un poder legislativo que prefiere conferir al Ejecutivo facultades extraordinarias, y otorga al partido de estado una beligerancia a la vez legislativa y ejecutiva, que, después de todo, alguien tiene que asumir. Lo más a que llega por el boscoso sendero de las dictaduras, es a conferir al presidente una involuntaria aureola de líder. Pero aún esto es bueno, si inusitado. Porque Lombardos y Gutiérrez saben muy bien que, por mucho que se dividan, por más que se unan, no son ellos los meros meros, sino el presidente Cárdenas, quien escucha, medita y dice la última palabra (1994: 75).

51

Para Novo, no hay figura que opaque a la del Presidente. El reconocimiento de sus poderes absolutos se hace en un tono que no oculta la admiración por alguien capaz de ejercer el poder con fuerza y mesura a la vez, aunque se aleje de la ortodoxia democrática:

Poco a poco, como todo por servir se acaba, los ministros con importancia personal han ido perdiéndola, al ritmo que la asume la persona de quien cada vez más son sencillamente los secretarios... Durante tres años ha venido observando el Presidente la conducta y las capacidades de sus funcionarios. Ha probado en todos ellos la calidad de la panocha y ya sabe mejor en dónde los necesita, según para lo que los quiere. En unos premia la constancia, en otros la honradez, de otros aprovecha el anodinismo, y sabe bien que de ninguno de los que acaba de ascender tiene que temer una acción política personal incongruente con la que él solo señala (1994: 184).

La indefinición del carácter del régimen no mengua la fuerza del Presidente. Preocupado por la resolución de problemas es un líder auténtico en opinión del cronista. Ante la acogida de los huérfanos de la guerra civil española se introduce la idea de la paternidad de Cárdenas, la imagen de padre y de solidaridad, aunque no se usa todavía la palabra Tata:

después de haberles enviado balas para facilitar su orfandad, lo menos que podíamos hacer era librar de una muerte segura siquiera a quinientos huérfanos españoles que no están hechos a digerir balas... Más que un romanticismo, es una obra humana trascendente la que ha realizado el gobierno de México al incorporar, desde pequeños, a estos futuros padres de más de cuatro mestizos... el presidente Cárdenas no ha solicitado la ayuda de nadie para mantener a sus nuevos quinientos hijos (1994: 77).

A pesar de su ironía, se trasluce una admiración genuina por el presidente. Por el contrario, su desprecio por Lombardo y la demagogia es evidente. Señala con mucha claridad la distancia existente entre la cosmovisión del pueblo y el «socialismo demagógico» de los líderes y de muchos de los miembros del gabinete de Cárdenas.

De la prosa de Novo se va perfilando un Presidente valiente, decidido a enfrentar los problemas. Ante el conflicto con Calles, decide expulsarlo del país y remueve a los callistas de su gabinete. Después, acude personalmente a enfrentar la insurrección de Saturnino Cedillo. Novo comenta:

... lo que tanto interesaba imprimir, es el discurso que en la mañana del mismo miércoles de la semana pasada dijo desde el Palacio Municipal de San Luis Potosí el Presidente Cárdenas, en una demostración más de que a él le extracomplace la agarradera de los toros precisamente por los cuernos, o en el caso actual, tratándose de San Luis Potosí, que iba a comerse la tuna convencido de que no se le espinaría la mano (1994: 289).

Desde el ejercicio del periodismo, Novo valora el respeto a la libertad de expresión que existe en el momento. Ésta se fundamenta en la seguridad que tiene el Presidente de estar haciendo lo correcto.

El presidente Cárdenas no piensa amordazar a la prensa, pues entrega el juicio de aquella que le es adversa, a la sensatez nacional (1994: 127).

El autor resalta el patriotismo de Cárdenas, que hace eco en los mexicanos. Al reseñar la manifestación del 23 de marzo de 1938, en apoyo a la expropiación petrolera, observa la adhesión a la medida como un sentimiento de reivindicación nacional.

...no obstante que nadie podrá guardar en la bolsa un pedazo de pozo petrolero, ni podrá embadurnar la fachada de su casa con petróleo, el pueblo se siente poseedor, dueño y señor de lo que efectivamente es suyo (1994: 232).

Percibe a Cárdenas como un hombre misterioso, autónomo, certero y, sobre todo, apegado a la justicia:

Cárdenas es el presidente misterio. No anuncia planes, no comunica proyectos, viaja sin itinerario detallado, dice discursos sensacionales cuando menos se le esperan, resuelve conflictos desde el ángulo de la audacia menos sospechada y, lo que lo redime, lo que lo excusa de cualquier error, es que no mata, no encarcela, no fabrica complots, no necesita de colaboradores que confiesen crímenes (1994: 293).

Finalmente, Cárdenas es viril y patriarcal. Sorprende el uso reiterado de ese adjetivo por parte de Novo tomando en cuenta su homosexualidad; o bien lo usa en sentido irónico, o lo retoma de la opinión pública del momento, la que destaca la hombría del Presidente. Llama a la expropiación petrolera «la actuación más gallarda y viril de México a través de su historia»:

El 23 de ese mismo mes de marzo los capitalinos fueron, en imponente cantidad de cáscaras de naranja y plátano, navegando hacia el Palacio Nacional a testimoniar su apoyo incondicional, espontáneo –a pesar del llamamiento de la CTM– a la actitud patriótica, viril, digna de Lázaro Cárdenas (1994: 389).

...bajo la lluvia de notas diplomáticas de todos los tonos y colores, que la indignación tremebunda de los países afectados hizo llover sobre el democrático, expropiador, varonil, testarudo gobierno de Lázaro Cárdenas. Su palabra tranquila, nacionalista, patriarcal, mesurada y explicatoria... (1994: 390).

Aparecen también en Novo las escenas que lo ubican como un mesías adorado por el pueblo:

Cuando una comisión de chiquillos se acerca hasta el presidente Cárdenas y le pide mejoras para su escuela; cuando una viuda, un anciano, un grupo de ejidatarios, le exponen su triste situación, la mano del presidente tiembla de emoción al rubricar el acuerdo que les concede lo que solicitan, y si tiene que contestarles en un discurso improvisado, no destinado a la reproducción histórica, en su voz y en sus ojos se advierte que lo hace auténticamente conmovido, tocadas por la desgracia ajena, la miseria, la pobreza, las muy sensibles fibras de su corazón. No es de maravillar, en consecuencia, que su pueblo lo adore. Tiene madera de Mesías, y si en su mano estuviera el remedio de todos los males sin daño para nadie, de igual modo que ha estado en su mano el impedir las venganzas, los asesinatos, la rienda suelta a los políticos que montan en cólera sagrada contra quienes les pisan la cola, y en esa virtud es México uno de los pocos países habitables, aplicaría sin daño para nadie el remedio de todos los males (1994: 444 y s.).

La sagacidad de Novo le permite también encontrar elementos negativos en la política del Presidente. Percibe con claridad la formación del partido de Estado, como le llama, y la maquinaria electoral coercitiva en la que se convirtió. Respecto a la sucesión presidencial de 1940 expresa:

Si el presidente Cárdenas predica la abstención política por una parte, y por la otra recomienda implícitamente el desempeño "integral" del papel de subordinados a un partido oficial del que son miembros todos los miembros de su gobierno, tiene que comprender que es imposible que sus dos indicaciones se atiendan simultáneamente, y que ha llegado el momento en que el Ejecutivo de su cargo elija entre contribuir a la realización de sus varias veces expresado ideal de que el pueblo elija a sus mandatarios sin coerción; y no parece haber otro camino que el de desligar a todos los coercitivos de la legitimidad de su PRMística coerción –o resignarse a que Frankenstein haga de las suyas, como tuvo que resignarse a ello, mal de su grado, el autor del monstruo (1994: 572).

Una de las críticas más lúcidas de Novo es lo que podría llamarse los intentos automitificadores del presidente Cárdenas. En su último año de gobierno, rompe con la tradición de «dar el grito» de independencia en el Zócalo de la ciudad de México para proferirlo en Dolores Hidalgo, Guanajuato. Ahí, en su discurso, Cárdenas sostiene que «... este anhelo de justicia social que informó el programa del Padre de la Independencia, Don Miguel Hidalgo, en su más legítimo aspecto de reivindicación de la tierra, es el mismo que animó al gran Morelos y que es, estrictamente, el nervio de la epopeya de la Reforma del benemérito Juárez, de nuestra Revolución mexicana de 1910, iniciada por el apóstol Madero y del actual programa de gobierno.»<sup>15</sup> El juicio de Novo es implacable:

Discreto, aquiescente, el denunciador lógico del pensamiento mágico incurrió a su vez en la superstición oportuna y contagiosa de creer, como los magos, que la buena sombra proviene de los buenos árboles, y no tuvo lógico empacho en concurrir a la mágica celebración de las festividades de septiembre en el sitio mismo en que se originaron hace ciento treinta años los gritos progresivamente modificados de Viva Fernando VII hasta viva la solidaridad continental, pasando por el ineficaz, inoportuno viva la Virgen de Almazán... es obvio a los ojos de los observadores penetrantes de la historia como padecimiento humano, que los hombres-símbolos suelen proceder y proceden, la mayor y mejor parte de las veces, impulsados por el subconsciente, y

<sup>15</sup> Salvador Novo, *La vida en México*, ... *op. cit.*, p. 664.

que en consecuencia el cura Hidalgo aun sin saberlo, como tampoco se daría cuenta de que hablaba en prosa, ya preparaba la expropiación petrolera (1994: 664).

No sólo sus biógrafos contribuyeron al mito. Cárdenas y sus ideólogos ayudaban bastante. Un ejemplo lo constituyen los boletines de radio de la Secretaría de Educación recopilados en el libro de Antolín Piña Soria. Además de depositar en Cárdenas la responsabilidad de liberar a los explotados colocándolo en el mismo plano que a un redentor o mesías, lo que expresa una cultura política más patrimonialista que socialista, la glosa de los mensajes presidenciales tiene el objetivo de desentrañar la verdadera intención de las acciones del gobierno: la instauración del socialismo. La fabricación de la imagen del presidente empieza a coincidir en lugares comunes: su «honradez integral», «valor civil», «entereza», «sentido de responsabilidad», «lealtad y consecuencia con su ideología revolucionaria», «sin poses», «sin vanos alardes». La adulación no puede esconderse:

54

Su pensamiento es luz en los cerebros de los obreros y campesinos, abatiendo en ellos el lastre agobiador de los prejuicios, de los falsos conceptos de la moral humana, del fanatismo embrutecedor, la obra maldita del cura, lacayo del explotador. Por eso mi vieja devoción hacia ÉL, fue recogiendo jirones de su pensamiento, para entregarlos al pueblo mexicano a fin de que sirvan para consolidar lo que hasta ayer era esperanza, en la convicción firme de hoy, de que ÉL ha iniciado inexorable la marcha definitiva de la liberación (1935: 5).

¿Cuál habría sido la reacción del pueblo al oír, por ejemplo, la siguiente interpretación de un discurso de Cárdenas? En un mensaje al pueblo de Durango, pronunciado el 27 de junio de 1934, el entonces candidato a la presidencia dijo: «Es indispensable que la niñez y la juventud, como los hombres y las mujeres de edad adulta, se encaucen por el mismo camino; por el camino que marcan los nobles y sanos ideales de la Revolución. Obreros, campesinos y estudiantes, así como mujeres revolucionarias, entrego hoy nuevamente mi mensaje: unifíquense, organicense, para que exijan e impongan el cumplimiento de los postulados de la Revolución.»

La glosa radiofónica de este mensaje llevaba las siguientes afirmaciones:

Niño proletario, recuerda que ese hombre joven y enérgico que preside el gobierno del país y que dijo las palabras que encabezan este comentario, ha prometido redimirte y redimir a los tuyos. El cura te ofrece premios en otra vida que no existe. El General Cárdenas, al frente del Gobierno de la República, te ofrece la Escuela Socialista que te dará conciencia de clase, y que hará de ti un hombre útil, decidido y entusiasta; que hará de ti el salvador de tus padres acosados hoy por la miseria y sojuzgadas sus mentes por la ignorancia y el fanatismo... Hombre proletario, obrero o campesino mexicano: apártate del cura, abandona la Iglesia que ayuda a tu patrón a explotarte. Confía en la obra socialista del General Cárdenas... (1993: 10).

La irritación de vastos sectores de la población era de esperarse si tomamos en cuenta que los destinatarios del adoctrinamiento oficial, entonces llamada «desfanatización», estaban inmersos en una cosmovisión tradicional.<sup>16</sup> Ante discursos como éstos, no es

<sup>16</sup> Luis González apunta que «Como quiera, la gran mayoría, a través de la crianza impartida por los padres de familia y del catecismo impartido por los padres sacerdotes, se conservaba plenamente católica, se explicaba el mundo y la vida por principios religiosos, normaba su conducta con la ética cristiana y envolvía los principales actos de su vida con la vistosidad del ritual católico. Una gran mayoría, con gran acopio de creencias y hábitos, y por ende poco proclive al cambio y la evolución, se enfrentaba a una pequeña minoría acaparadora de ideas, y por lo mismo, amiga de mudanzas y novedades.» *Historia de la Revolución, ... op. cit.*, p. 18.

extraño que muchos llegaran a formarse la imagen de un gobierno comunista. Cabrera, por ejemplo, interpeló a través de la prensa al Presidente para que definiera si su gobierno pretendía rebasar el marco constitucional o no, y señalaba, con razón, que si Cárdenas no era socialista, al menos toleraba que sus colaboradores lo fueran o pretendieran serlo. Pero no todos caían en esa confusión. Novo sabe deslindar al Presidente de la fraseología barata de sus colaboradores y tiene una visión muy clara de la demagogia imperante en el gobierno.

También los extranjeros sucumben ante el magnetismo personal del Presidente. Las descripciones de Cárdenas coinciden en otorgarle una gran prestancia que no encontramos en la imagen de otros presidentes. Su físico, su mirada, su temple, son elementos comunes en la narración. Freeman relata una entrevista de dos horas hecha a Cárdenas.

Una luz clara, tranquila brillaba en sus grandes ojos color de avellana. Al saludarnos, invitándonos a sentarnos, la grave y tranquila voz denotaba seguridad... También las ropas del Presidente eran sencillas, un saco de civil de color gris-verde con botones blancos ordinarios; pantalones claros de pongee y zapatos negros cuadrados (1937: 17).

Presenta a un Cárdenas consciente de su éxito, sabedor del apoyo que ha logrado obtener, seguro de lo que está haciendo y representando. Freeman le pregunta en la entrevista realizada el 2 de febrero de 1937 en Acapulco:

- ¿Hay peligro de reacción en México? Y si lo hay ¿de dónde procede?
- Cuando se es Jefe del Ejecutivo -dijo el General Cárdenas sonriendo- no es posible dar gusto a todo el mundo. Hay aquí elementos reaccionarios, pero no hay peligro de que asuman el poder. Estas gentes -añadió gravemente-, están en bancarrota política. Los directores de la reacción no tienen poder porque el pueblo mexicano ve que por primera vez tiene un gobierno que cumple con las promesas que le ha hecho (1937: 18).

Respecto a la mujer, el Presidente mostró una posición ambigua, en la que se le reconocen derechos pero no se le otorgan plenamente:

Pretendemos dar a las mujeres de México todas las oportunidades de participar en la vida social en igualdad de circunstancias con los hombres. Luego, poco a poco se la facultará para entrar en la vida política en un plano de igualdad... la mujer mexicana es mucho más supersticiosa y fanática que el hombre (1937: 21).

El tema obligado es el de los viajes presidenciales. Resalta en esta entrevista la interpretación que da Cárdenas del objetivo de sus viajes. Los argumentos políticos y de conocimiento de los problemas nacionales se supeditan al de romper con el servilismo del pueblo:

- Le pregunté por qué viajaba tanto por el país.
- Antes de ser presidente -dijo-, anuncié mi programa y prometí al pueblo que lo cumpliría. No creía que esto fuera fácil, pero ha resultado todavía más difícil de lo que me imaginaba. Ahora estoy llevando adelante mi programa, pero para hacerlo necesito conocer íntimamente las necesidades del pueblo. No puedo traer el pueblo hacia mí, de modo que necesito ir a él... Hago estos viajes personales a diferentes

*No sólo sus biógrafos  
contribuyeron al mito.  
Cárdenas y sus  
ideólogos ayudaban  
bastante*

partes del país para averiguar lo que las gentes necesitan, lo que las diversas regiones pueden producir. Hay todavía otro propósito al que espero mis viajes servirán. Muchas de nuestras gentes tienen extrañas ideas acerca de lo que es un Presidente. No piensan en él como en un hombre que ocupa determinado puesto gubernamental; se lo imaginan como un ser sobrenatural. Nuestros campesinos todavía besan la mano del Presidente Municipal; puede usted imaginarse lo que sentirán hacia el Presidente de la República. Yo quiero acabar con ese servilismo, que nos han dejado siglos de opresión. Esta actitud servil es horriblemente deprimente. Quiero tratar con los campesinos y obreros de toda la República de hombre a hombre, estrecharles la mano, derribar la barrera ilusoria que nos separa. Sería cosa excelente si el campesino mexicano perdiera su sentido de inferioridad y mirara a todo el mundo directamente a la cara como igual (1937: 24).

56

La imagen de Cárdenas que se empieza a formar en la opinión pública con este tipo de entrevistas es a todas luces positiva. Se percibe a un hombre que no se deslumbra por el poder, no se marea por el puesto que ocupa, detesta el sentimiento de inferioridad del mexicano, su actitud servil hacia el poder. Asume tareas titánicas: «Yo quiero acabar con ese servilismo.»

— Visiones como ésta van entretejiendo una imagen del estadista comprometido con su pueblo, empeñado en cumplir sus compromisos, sereno, dueño de sí mismo y desinteresado.

El texto de Nathaniel y Sylvia Weyl está estructurado como una biografía. Entrevera la vida de Cárdenas con la historia de la Revolución Mexicana. A partir de su llegada a la presidencia se dedica al análisis del gobierno. Los rasgos que se van delineando sobre Lázaro Cárdenas son los siguientes:

Por sus venas corre sangre indígena:

El pueblo nahua de Jiquilpan, "lugar en donde crece el añil", yace tendido al sol al pie del monte Apananxan, al que, cuando llegaron los tarascos, le llamaron Huanímban, "lugar de árboles con flores de fragancia exquisita". En esta tierra caldeada por el sol, en donde abunda el agua, habría de nacer José Lázaro Cárdenas del Río, con la mezcla sanguínea de los nómadas y de los sedentarios en sus venas (1939: 124).

Su origen es humilde:

La familia Cárdenas vivió en una casa de un piso, marcada con el número 9, en la calle de San Francisco. Aquí, en esta casa de adobe, espaciosa, pero agobiada por la pobreza, Felicitas del Río, esposa de Dámaso Cárdenas, vió nacer a su primer hijo el 21 de mayo de 1935, y lo bautizó José Lázaro (1939: 126).

Tenia vocación de líder y era de carácter reservado:

El joven Lázaro era un muchacho serio y trabajador. Hizo pocos amigos; pero automáticamente asumió la dirección en los juegos que los niños practicaban (*idem*).

Desde pequeño se alejó del fanatismo:

Los héroes del joven Lázaro no fueron los santos del calendario católico, sino los jefes de la Guerra de Independencia de México y de las luchas sociales (1939: 127).



Su inclinación a la política también fue precoz:

Los periódicos *Juan Panadero* y *Nuevo México*, eran aún más igualitarios y revolucionarios que la gran novela de Hugo, *La Vendée*. Lázaro escuchaba ansioso las discusiones políticas de su patrón, y después del trabajo se dedicaba a argumentar vehementemente con los otros jóvenes del pueblo (1939: 128).

Se vincula a la revolución maderista a los 18 años —en 1913— con las fuerzas del general Guillermo García Aragón. «Los 16 años siguientes, Lázaro Cárdenas los pasaría casi continuamente a caballo.» Los Weyl no dejan de admirar la figura típica del revolucionario, de aspecto pavoroso pero de bondad legendaria:

El guerrillero Cárdenas cabalgaba en las batallas portando amplio sombrero de paja bien sujeto y echado en la nuca. Las 2 carrilleras, de aspecto pavoroso, colgaban en forma insultante de su chaqueta sin forma, que cubría su pecho aún poco desarrollado. Debajo, una camisa de trabajador del campo metida dentro de unos pantalones de dril. Una pistola con cache de hueso, una carabina y botas de montar completaban su equipo.

Durante el primer año de su carrera militar, Cárdenas tomó parte en pequeños combates sucesivos. Aprendió las tácticas de la guerra de guerrillas en una escuela en que los disparates eran castigados a menudo con la muerte. Cárdenas se distinguió por su empeño en no fusilar ni torturar a los prisioneros. Rehusaba permitir que sus tropas saquearan las aldeas, detuvieran a los no combatientes para obtener rescate, o violaran a las mujeres de las poblaciones conquistadas. Su respeto por la vida humana se hizo casi legendario, en una época en que aún los más civilizados generales revolucionarios recurrían a los métodos de los *gangsters* de Chicago (1939: 140).

El haber sido un combatiente de Zapata, líder incuestionable de los campesinos mexicanos, es justificado por los autores en virtud de la lejanía, la juventud y la falta de perspectiva:

El capitán Lázaro Cárdenas combatió contra las fuerzas de Zapata en una serie de escaramuzas en los alrededores de la capital, y fue recompensado con el ascenso al grado de mayor en las tropas de Obregón.

Era inevitable que Cárdenas luchara contra el jefe agrarista más destacado de México, en vez de ser su discípulo. Cuando Cárdenas tomó las armas en el año de 1913, Zapata estaba operando en el sur, separado de Michoacán por una serie de infranqueables cadenas de montañas... Además, Cárdenas había tomado las armas como resultado de una incoherente revuelta contra la injusticia social, y no estaba preparado para discernir sobre las facciones rivales de la Revolución mexicana... Aunque Lázaro Cárdenas no había comprendido aún los problemas económicos y sociales subyacentes en la Revolución, tenía un deseo profundo de justicia social, e instintivamente se puso del lado de los pobres en contra de los ricos (1939: 145).

Resalta el hecho de que una vez en el poder se dediquen a «limpiarle» la historia a Cárdenas. Hay un deseo de sus biógrafos de reescribirle el pasado y convertir sus errores en virtudes, o al menos en atenuarlos. Hay pues un deseo de glorificación, de santificación. Están construyendo al héroe sin mancha. Dicen, por ejemplo, respecto a Carranza, que «Cárdenas no fue el invariable partidario de Carranza que sus biógrafos mexicanos tratan tan desesperadamente de demostrar» cuestión que quedó demostrada con su participación en la Rebelión de Agua Prieta, aunque para los autores Cárdenas tenía suficientes elementos para rebelarse.

Según los Weyl, el ejercicio del poder generaba agudos conflictos en Cárdenas. La conciliación de fuerzas contradictorias le resultaba difícil, pero logró desarrollar una habilidad para negociar con el poder y mantenerse en él con fidelidad a sus posiciones radicales. Los Weyl destacan su lealtad al gobierno central:

La conducta de Cárdenas constituyó un esfuerzo para ajustarse a dos de sus más arraigados principios políticos en una situación en que resultaban incompatibles. El primero de estos dogmas era el de los procedimientos democráticos y el respeto a la voluntad popular, axioma que era casi instintivo en un hombre que nunca había cortado los lazos que lo ataban con la gente del pueblo. El segundo consistía en el respeto hacia la autoridad gubernamental establecida, una reacción en contra de los estragos causados por el militarismo anárquico y la desolación que dejaba la guerra civil... cuando resultaba indispensable una decisión, el Gral. Cárdenas obedecía los dictados del Gobierno central, a pesar de que estos eran innegablemente parciales y antidemocráticos (1939: 160).

Éste es uno de los temas más debatidos en torno a la figura de Cárdenas. Su habilidad para mantenerse dentro del sistema político, jugando la carta de la lealtad a sus superiores, lo que lo obligaba a sancionar acciones poco válidas desde el punto de vista legal y democrático. Fue un engranaje importante del sistema político que después, una vez en el poder, modificaría substancialmente. Su habilidad consistió en mantenerse dentro de las reglas del juego. Esta actitud se haría evidente a partir de 1932 cuando, de regreso a la gubernatura de Michoacán después de haber sido Secretario de Gobernación en el gabinete de Ortiz Rubio, junto a Tejeda y Lugo, gobernadores de Veracruz e Hidalgo, promulga leyes expropiatorias que facultaban a los gobiernos de los estados para decomisar fábricas que cerraran o violaran las leyes de trabajo, para convertirlas en cooperativas de trabajadores. La reacción de Calles es inmediata. Ortiz Rubio declara inconstitucionales dichas leyes y éstas se derogan. Éste, según los Weyl, es el momento que define la ruptura ideológica de Cárdenas con Calles y su posición de jugar dentro del sistema:

Desde entonces, la lealtad de Cárdenas hacia Calles fue de dientes afuera. Era demasiado astuto para llegar a un rompimiento franco, cuando todo el poder se encontraba en manos de su contrario. Cárdenas decidió esperar su oportunidad (1939: 186).

La gira preelectoral es, una vez más, punto clave en la imagen de Lázaro Cárdenas. Esta descripción remite a escenas casi bíblicas:

El programa de Cárdenas empezó a hacerse tangible para los parias y los analfabetas a quienes habría de beneficiar. Su estrecho contacto con las gentes del pueblo durante su campaña presidencial en todas las entidades de la República habían de brindarle una reserva de apoyo popular del que ninguno de los presidentes peleles de Calles había disfrutado.

Cárdenas llegó hasta los más apartados rincones de su país, pronunciando discursos en poblados remotos, emprendiendo duras cabalgatas a través de la selva, invirtiendo meses en pacientes explicaciones a las comunidades de indios que escasamente entendían algunos cientos de palabras en idioma español. Se encontraba más a gusto entre los indios que entre los políticos mestizos de las poblaciones urbanas. Gozaba sentándose en las plazuelas de los pueblos discutiendo los problemas cotidianos de los campesinos. Como todos los buenos maestros, Cárdenas aprendía de sus discípulos (1939: 197).

La evocación a los discípulos es obvia, también la imagen de Maestro, rodeado de pobres, predicando. Sin duda la imagen alude a Jesucristo. Los autores expresan de múltiples maneras su admiración por Cárdenas, aunque su tono sea mesurado y muchas veces crítico. De entrada, en el prólogo, plasman la impresión personal que les produce el presidente.

Como a todos los que lo conocieron personal-

mente, Cárdenas parece cautivarlos, lo que puede deberse a dos factores: o la investidura presidencial dota de un aura especial a la gente que incide en el culto al poder inherente al ser humano, o bien realmente era un ser cautivador, o se conjugan estos dos elementos. ¿Ejercía la misma fascinación antes de ser Presidente? Las descripciones que hay respecto a las etapas de la vida del general anteriores a la presidencia no evidencian esa capacidad de fascinación, o bien fueron hechas después de su paso por la presidencia cuando ya contaba con esa aura que la investidura presidencial le había otorgado,<sup>17</sup> razón por la que se buscan signos premonitorios en su juventud. En la descripción de Cárdenas hecha por los Weyl aparecen las mismas constantes que en otros discursos: la identificación con personajes míticos, la referencia a los ojos y la mirada, la fuerza unida a la medida, la capacidad de escucha, su fuerza física, su contacto directo con el pueblo:

*Sin duda la imagen alude a Jesucristo. Los autores expresan de múltiples maneras su admiración por Cárdenas*

Entramos en una pequeña oficina que se encontraba en la penumbra, en donde estaba un hombre macizo, vestido de gris, completamente solo. Estrechó nuestras manos vigorosamente, señaló un sofá y se sentó en una pequeña silla, la espalda erecta y las piernas abiertas, como si montara a caballo.

Lázaro Cárdenas tiene una enorme cabeza aguzada, y su perfil recuerda las esculturas en bajo relieve de los sacerdotes mayas en los templos de Copán y de Palenque. Sus ojos son de un sorprendente castaño brillante; pero aparecen nublados y oscurecidos a través de la sombra de sus espesas pestañas de un negro azabache. La boca es de labios gruesos y encarnados, sobre una barbilla que retrocede ligeramente y desaparece en las mejillas carnosas.

El Presidente mexicano habla rápidamente, en un tono bajo y monótono, haciendo múltiples preguntas y aguardando atentamente las respuestas. Sus maneras son formales y enérgicas...

El Presidente es incansable para las tareas arduas. Cuando los caminos están intransitables, el Presidente monta a caballo de 10 a 14 horas; después echa pie a tierra y marcha a campo traviesa, a un paso agotador. Se levanta a las 5 de la mañana y trabaja cerca de 18 horas diarias. Sin hacer caso de la hora, prefiere no dejar ir a los peticionarios sin antes haberles oído, y esta accesibilidad contribuye a su popularidad entre la gente del pueblo (1939: 119).

<sup>17</sup> El poder político posee una «sacralidad inherente» según Clifford Geertz. Sin su simbolismo, el poder no sería tal: «En el centro político de cualquier sociedad organizada de forma compleja, hay tanto una élite gobernante como un conjunto de formas simbólicas que expresan el hecho de que es en verdad gobernante... ellos justifican su existencia y ordenan sus acciones con base en una colección de historias, ceremonias, insignias, formalidades y accesorios que han heredado o incluso, en situaciones más revolucionarias, inventado. Es eso —coronas, coronaciones, limusinas y conferencias— lo que señala al centro como centro, y lo que le otorga su aura, no de ser simplemente algo importante, sino de estar vinculado de alguna extraña forma con la misma manera en que el mundo está construido.» Clifford Geertz, *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Madrid, Paidós, 1994, p. 150.

Este último aspecto, la accesibilidad, es resaltado como elemento clave del apoyo popular al Presidente. Las giras presidenciales inauguradas por Cárdenas tienen aspectos negativos en opinión de los autores, quienes observan, con tino, que «Parece obsesionado por la sensación de que hay poco tiempo y mucho por hacer», y que, en virtud de la incompetencia de los funcionarios, es necesaria la vigilancia personal de Cárdenas. El peso desproporcionado del poder Ejecutivo, el centralismo político y el paternalismo también se hacen evidentes:

Va personalmente, siempre que es posible, a inspeccionar las presas y las escuelas que están en proceso de construcción. En México, donde la clase gobernante es tradicionalmente corrompida, incompetente y desordenada, este procedimiento puede estar justificado. Tiene, sin embargo, el infortunado efecto de paralizar parcialmente al Gobierno nacional en la ciudad de México, ya que una gran parte del gabinete acompaña inevitablemente al presidente; se desorganiza a las autoridades locales cuyo prestigio queda minado si el Gobierno federal, en la persona del Presidente, adopta decisiones sobre los problemas locales a base de un examen de la situación [*sic*] que, aparentemente, dura 10 minutos. Además, las giras presidenciales tienden a perpetuar la tradición mexicana de considerar al Gobierno como un individuo, más que como una institución (1939: 122).

Pese a las críticas a la forma de gobierno, su conclusión es positiva:

Desconfiado de los demás, él prefiere cortar el balduque del procedimiento burocrático y tomar las decisiones por sí mismo... Estas giras, después de todo, constituyen una nueva técnica de gobierno. Sirven para romper y derribar las barreras de clase y de lenguaje que separan al pueblo de sus gobernantes... Y los hombres que rodean a Cárdenas se han visto forzados a tener deferencias, cada vez mayores, con las gentes del pueblo (*idem*).<sup>18</sup>

El sistema político del cardenismo, basado en el Partido de Estado –controlador absoluto del Poder Legislativo y subordinados ambos al Poder Ejecutivo–, presenta ventajas frente a las democracias liberales:

México es inmune a la parálisis que con tanta frecuencia ataca al Gobierno de los Estados Unidos. No hay peligro de que la nación sufra largos períodos de inercia e inacción mientras un congreso hostil cloroformiza un programa integral y completo de acción ejecutiva (1939: 319).

La imagen de Cárdenas es de parquedad, de contención:

La noche del 18 de marzo de 1938 Lázaro Cárdenas se acercó al micrófono y anunció en el tono monótono de un funcionario leyendo el orden del día, que la industria petrolera mexicana, de propiedad extranjera, había sido nacionalizada (1939: 279).

<sup>18</sup> De qué tamaño era la necesidad de enfrentar a la clase gobernante con los problemas nacionales se muestra en la preocupación de Cárdenas. Casi al finalizar su mandato, en noviembre de 1939, el general escribía en su diario: «He podido conocer el verdadero fondo moral de muchos servidores públicos al observar en sus semblantes el disgusto que les causa la demanda de auxilio o de justicia de las gentes pobres. Entonces pienso más en la tragedia interminable de nuestro propio pueblo.» Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, tomo 1, México, UNAM, 1986, p. 313.

También es de rectitud e integridad:

Las compañías petroleras “demostraron ser incapaces de negociar con una persona tan íntegra y tan recta como Lázaro Cárdenas. Empezaron por subestimarlos y terminaron ofendiéndolos” (*idem*).

La parquedad del Presidente contrasta con lo ampuloso de su aparato de propaganda:

El control de las publicaciones pedagógicas y la única estación mexicana de radio dedicada a la educación [la de Antolín Piña Soria] se han transferido al Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad (DAPP), enorme organismo que sirve de santuario para políticos importantes y es un monumento a la incompetencia burocrática (1939: 305).

Finalmente, consideran que Cárdenas se ganó un lugar en la historia. Su trascendencia es incuestionable

61

Es ya evidente que Lázaro Cárdenas ha imprimido una gigantesca huella en la nación, que no borrarán fácilmente los años venideros... El Presidente de México, de 44 años de edad, ha ganado ya un sitio permanente e importante en la historia de nuestra turbulenta era. La honradez intelectual de Cárdenas lo coloca en un nivel moral diferente al de los dictadores nihilistas de Europa y los evasivos y vacilantes jefes de sus democracias (1939: 332).

Frente a la indudable fama que el presidente iba adquiriendo, los intentos desmitificadores no se hacen esperar, aunque sin proponérselo, hayan contribuido a la construcción del anti-mito. Un ejemplo es el libro de Eduardo Correa. El objetivo fundamental del texto es refutar la fama pública de Cárdenas, presentar una «verdad» distinta sobre el Presidente y su régimen. Así lo expresa en el prólogo, titulado «La razón de este libro»:

Una propaganda hábil, tenaz y profusa ha hecho de la figura política del general Lázaro Cárdenas poco menos que un símbolo. Algunos lo consideran apóstol; otros, el estadista más grande de estos tiempos; muchos, espejo de gobernantes, y no pocos, héroe. Todo inexacto, así tenga detalles que, a los que lo conocen a través de las informaciones parciales, les faciliten la formación de un criterio extraviado.

A fin de que se aprecie tal cual es la personalidad del que, más que todo y sobre todo, ha sido un agitador, un demagogo, y de que se le mida con justeza, valorando matemáticamente su obra desarrollada en un sexenio de presidencia, y no se enriquezca nuestro abundante Olimpo nacional con un nuevo héroe de la talla de tantos otros que tenemos —algunos merecedores más de la horca que del mármol o el bronce—, tiende este libro veraz escrito sin animadversión personal ni pasión de partido... (1941: 5).

La giras de Cárdenas por la República las considera, más que de «gobernante», de «agitador». Las reprueba por considerar que no son labores de gobierno. El autor hace gala de clasismo:

Sin duda que los principales negocios que ocupan la atención de un gobernante se encuentran en el lugar donde su gobierno reside y actúan sus principales colaboradores. El general Cárdenas ha pensado de otro modo, y aunque muy serios conflictos se han presentado en la capital durante sus frecuentes ausencias, él ha creído obtener más fruto de ponerse en contacto con la indiada de los campos y los trabajadores de los pueblos, porque es allá y no en el Palacio Nacional donde a sus anchas puede realizar su programa demagógico.

Evidente es que ha sido el Presidente menos gobernante que Méjico ha tenido y el agitador más grande de nuestra historia (1941: 40).

Considera que el rompimiento de Cárdenas con Calles era una demanda muy válida de la población de la que Cárdenas se aprovecha para llevar a cabo sus planes:

62 Simplemente se aprovechó de estas circunstancias favorables para sacudirse la influencia del ex presidente y conquistarse popularidad. Fue la máscara que usó para encubrir los móviles reales que lo impulsaban, y que eran, al mismo tiempo que sacudirse dicha tutela, porque le parecía que aquel no era lo suficientemente radical, desarrollar el programa constructivo que ha consumado, de acuerdo con los lineamientos fijados por Marx y Lenin. Más claro, al general Cárdenas no le importaba satisfacer un clamor popular; se sirvió del ambiente adverso al callismo únicamente para romper viejas ligas de amistad y gratitud y disponer de libertad de acción (1941: 47).

Más adelante aclara su concepción sobre la ruptura Calles-Cárdenas. El pueblo, «con las veleidades propias de la mujer» decidió validar a Cárdenas pese a coincidir en lo político con Calles:

Ya he dicho que el país anhelaba la desaparición del callismo. Sin embargo, en la forma en que vino el distanciamiento entre los dos divisionarios que manejaban la política nacional, sin duda que la posición del general Calles estaba más concorde con las aspiraciones sociales, que la de su adversario (1941: 61).

Para el autor, el estilo del presidente Cárdenas, de prescindir de etiquetas y compartir con el pueblo son motivo de crítica. Se consideran artimañas para aparentar una democracia que en su opinión no existe:

No quiso ocupar el Castillo de Chapultepec; abolió el traje de etiqueta en las ceremonias oficiales; rompió con costumbres protocolarias en sus relaciones con los diplomáticos acreditados ante su gobierno; la primera noche de fin de año en que fue presidente, en vez de asistir a Palacio, ocupó su automóvil y se marchó a esperar la llegada de 1935 a la Colonia de la Bolsa, donde los maleantes que la habitan le tributaron una ovación,<sup>19</sup> y ha hecho gala no de bajar hasta el proletariado a imponerse de sus necesidades, sino de convivir con él en contacto íntimo y amoldándose a sus hábitos, como sentarse en cuclillas y comer con los dedos. Y esto no es democracia (1941: 73).

La antidemocracia, para Correa, se expresa sobre todo en la existencia del PRM, propiciador de fraudes electorales y de amiguismo:

El general Cárdenas no ha permitido una sola vez que se respeten los mandatos de la voluntad popular. Si fuera demócrata sincero, al divorciarse del general Calles su primer acto habría sido la disolución del PNR; lejos de hacerlo, transformó esta aplanadora dándole más amplitud, inyectándole nuevos contingentes, dándole aspecto totalitario al cambiarle el nombre, y utilizándola para llevar a los gobiernos de los Estados, al Congreso de la Unión y a las Legislaturas Locales a sus amigos. Su peluquero y su chofer figuraron como candidatos al senado y a la diputación en las elecciones del 7 de julio de 1940 (1941: 75).

<sup>19</sup> Lo mismo hizo Cuauhtémoc Cárdenas, en Tepito, la primera noche de fin de año en que fue Jefe de Gobierno de la Ciudad de México.

Centra sus críticas en la subordinación de los poderes legislativo y judicial a los designios del Presidente, al que llama dictador. Presenta mucha información de casos concretos en los que muestra la corrupción de funcionarios y jueces. Su razonamiento es que si esto ocurre es porque Cárdenas lo tolera y lo promueve, por lo que lo considera responsable. De ahí que concluya que

un gobernante que no ha respetado una sola vez la voluntad del pueblo; que ha impuesto a todos los gobernadores y Congresos Locales y federales; que ha ejercido sin interrupción los tres Poderes; que ha impuesto su voluntad en todo; que ha expedido leyes inicuas para amparar su política sectaria; que sólo las ha cumplido y hecho cumplir cuando conviene a sus propósitos y que ha pasado sobre ellas, incluso la Constitución, cuantas veces se le ha ocurrido, no es un demócrata, por más que no haya querido vivir en el castillo de Chapultepec, haya abolido por burgués el traje de etiqueta en las ceremonias oficiales, y se haya puesto en contacto tan íntimo con los jornaleros del campo y del taller en pueblos y rancherías hasta meter las manos en la misma cazuela. Es, sencillamente, un dictador de overol (1941:105).

63

Lo que más irrita a Correa es la imagen pública que se va formando de Lázaro Cárdenas, la que encontraría su puntal más fuerte con la expropiación del petróleo. Como asentó en el prólogo, quiere combatir la formación del mito. Una vez más alude con desprecio el carácter popular del apoyo al presidente:

Este golpe escénico fue de gran efecto. Halagó el sentimiento nacional; explotó la malquerencia que se siente para los vecinos del Norte, tanto por el despojo de 1847, cuanto porque de su política aviesa dimana la mayoría de nuestras desventuras nacionales, cuando el golpe iba enderezado contra los intereses británicos; enalteció ante la turbamulta y ante la opinión extranjera, que juzga por apariencias, sin conocimiento de causa, la personalidad del general Cárdenas, que adquirió relieves de héroe, y con el espejismo de la independencia económica, que se ha seguido usando con éxito, del 18 de marzo de 1938 se quiere hacer un segundo 15 de septiembre de 1810 (1941:162).

La persecución religiosa es un elemento central en el desacuerdo de Correa con el régimen. Para desmentir a los que opinan que Cárdenas liquidó el problema, argumenta que subsiste la misma legislación irreligiosa que originó el conflicto, que la Ley de Nacionalización del cardenismo así como la reglamentación del artículo 3º lo han agravado, que el gobierno persigue no sólo la libertad de creencias sino hasta la libertad de cátedra, que se empeña en la «descristianización» de la niñez, del campesino y del proletario, que ha «trabajado empeñosamente por el incremento de la masonería» y que «el general Cárdenas ha llevado a los puestos principales a comunistas nacionales a comunistas nacionales y extranjeros».

La mentalidad del autor, católica e hispanista, se muestra en el siguiente párrafo:

Tal ha sido el fanatismo sectario del general Cárdenas, que no ha desaprovechado ocasión para combatir el catolicismo. Ha difundido los deportes, no tanto por lo que favorecen el desarrollo físico, cuanto por alejar a los que los practican del cumplimiento de los deberes religiosos del domingo y para que las mujeres pierdan el pudor. Ha extremado el empeño en "desbautizar" cuanto, herencia de la hispanidad, conserva nombre religioso. Calles, plazas, pueblos, ciudades, a todas las ha laicizado, y como exponente de la firmeza de sus principios y para acatar la máxima de Séneca de que hay que poner los hechos de acuerdo con las palabras, a su hijo lo nombró Cuauhtémoc, que no se encuentra en el santoral (1941:304).

El hispanismo de Correa lo lleva a rechazar la llegada de los republicanos españoles. Encuentra en esto una muestra más de las inclinaciones comunistas del presidente, quien está empeñado en destruir «la obra de los misioneros conquistadores, conquistada a través de centurias por el sacerdocio cristiano». Los más afectados por la supresión de la libertad de pensamiento y asociación son los sinarquistas,

que han sido víctimas de tropelías indecibles y de crímenes odiosos por el delito de reunirse a honrar la bandera tricolor. Muchos de ellos han sido reducidos a prisión varias veces; otros, entre ellos el Jefe entonces de la agrupación, licenciado Manuel Zermeño Pérez, objeto de atentados personales, y no pocos han pagado con la vida su adhesión a la causa del nacionalismo (1941:357),

Su argumentación no va más allá de la expuesta por Luis Cabrera o Gómez Morín.

64

## Conclusiones

Parece indudable la consolidación de una imagen simbólica de Lázaro Cárdenas en el imaginario social desde los días de su sexenio. La adhesión popular y el consenso generalizado que sus acciones concitan, sumados a los juicios que se formulan sobre su personalidad y la de su gobierno, provocan también la aparición de los intentos desmitificadores que expresan, por una parte, el descontento de sectores sociales y por otra, la indignación que dicha mitificación producía.

Los juicios a Cárdenas parten de cosmovisiones distintas, representativas del imaginario político de la época. Los valores que subyacen son: el hispanismo, la democracia liberal –que implica el respeto al equilibrio de poderes, a la propiedad privada, al individualismo y a la libertad de creencias– y el catolicismo. El gobierno atentaba contra estos valores de las clases medias y altas. El fuerte cuestionamiento a los valores del catolicismo unifica a estas clases con los sectores populares, los que se expresan en la defensa del culto y en la militancia sinarquista aunque no planteen críticas respecto al sistema político. El desacuerdo fundamental, en el que también caben las clases populares, reside en los atentados contra la propiedad privada y la libertad de creencias. En suma, la visión de Cabrera, Gómez Morín y Correa se da desde el catolicismo acendrado, desde el hispanismo, desde la defensa de la propiedad privada y desde una postura aristocrática que desprecia las masas. Refleja el sentir de las clases media y alta y sus valores, violentados con el cardenismo. Las críticas muestran la profunda división que había en la sociedad y que se expresaría en el apoyo masivo a Almazán primero, y después en la aceptación de la marcha atrás que implicó el gobierno de Ávila Camacho. Desde esta perspectiva, se caracteriza al régimen como comunista, aunque destacan Gómez Morín y Salvador Novo con una visión más penetrante que resume el asunto al calificativo de confusión y revoltura, básicamente de indefinición.

Los que coinciden con el Presidente y su gobierno se insertan en una cosmovisión híbrida, muy representativa de la mentalidad revolucionaria, que combina desde viejas tendencias socialistas muy apreciadas por los revolucionarios de los años veinte –Salvador Alvarado, Carrillo Puerto, Adalberto Tejeda–, pasando por el anarcosindicalismo de las organizaciones obreras y por la franca admiración a la revolución soviética, con la ortodoxia liberal que hace concesiones a las demandas sociales y que quedaría plasmada en la Constitución de 1917. Tendencia que, según Luis González, «hace caer en el mismo jarrito la libertad y la justicia social, la iniciativa privada y la intervención del estado en la actividad económica, el nacionalismo económico y las inversiones ex-

<sup>20</sup> Luis González, *Historia de la Revolución, ... op. cit.* p. 163.



*Los juicios a Cárdenas  
parten de  
cosmovisiones  
distintas,  
representativas del  
imaginario político de  
la época*

trajeras, el fundo colectivo y la pequeña propiedad privada, el fomento de la industrialización y las organizaciones obreras, la democracia y la dictadura, la división de poderes y la supremacía del poder ejecutivo, el régimen federal y la centralización política, la integración racial y el indigenismo, la tolerancia religiosa y las restricciones al culto católico, la libre expresión y el control estatal de los planteles educativos, la mala y la buena vecindad con el poderoso imperio de los Estados Unidos.»<sup>20</sup> Serían ellos los que le dieran al régimen de Cárdenas el carácter de socialista.

Pese a las divergencias, las visiones de los autores reseñados tienen elementos en común. Cabrera, por ejemplo, manifiesta su rechazo por el régimen pero reconoce en Cárdenas las mismas virtudes que los demás. Para él, el coincidir o no con la política del gobierno no empaña la imagen del Presidente. Asimismo, el estar de acuerdo con las medidas del gobierno no impide a los analistas el hacer críticas sobre diversos aspectos, como el burocratismo, la excesiva propaganda oficial, el presidencialismo, etcétera.

El análisis de los diversos autores refleja elementos comunes en la percepción de Cárdenas que nacen de la observación de sus acciones: el reconocimiento de la honradez, la justicia, la autoridad, el valor expresado como *hombría*, la sencillez, el nacionalismo. El referente para todos es el mismo: la actuación siempre coherente del presidente. Lo más sorprendente es la constatación de los contemporáneos de estar gobernados por una persona honesta. En el contexto de las prácticas políticas comunes, Cárdenas destaca simplemente por no ser corrupto. La diferenciación respecto a presidentes anteriores es total a partir de este elemento y se convertirá en un parámetro para juzgar a los futuros gobernantes.

Desde la certeza de la honestidad del Presidente, se buscan en su historia los signos premonitorios, los rasgos que conformaron una personalidad tan ejemplar. Reescriben la biografía de Cárdenas ennobleciendo hasta los pasajes más contradictorios: su lucha contra el zapatismo, su adhesión al callismo. Inicia la construcción del héroe. En esta construcción destacan las asociaciones de tipo moral o religioso: los símiles evocan figuras bíblicas, los valores destacados son propios de una cultura patriarcal, providencial y católica. Destaca también la importancia de la Revolución Mexicana como gran parteaguas histórico, como punto de referencia que otorga valor y significado a las acciones del régimen. También inicia en este periodo la construcción del anti-héroe: el comunista, el dictador, el demagogo, el agitador. A Cárdenas se le responsabiliza de los atropellos cometidos por sus partidarios.

La pregunta que surge inevitable es ¿por qué a la gente se le olvidan tan rápido sus convicciones? ¿De qué está hecha la clase política de este país? A 10 días de llegar a la presidencia Ávila Camacho, se decreta el parcelamiento de los ejidos, poco después se devuelve la maquinaria desfibradora a los hacendados henequeneros; se deroga el artículo 3º. Lentamente se desmantelan las medidas del cardenismo con el consenso de los diputados que las habían aprobado.<sup>21</sup> Como si todo hubiera sido superficial, un capricho momentáneo. El movimiento social estaba preso, carente de autonomía para rebelarse, si es que se lo planteó. Los líderes dispuestos a justificar al nuevo presidente con la consigna de la unidad nacional. El mismo Cárdenas había frenado su ímpetu

<sup>21</sup> Véase Luis Medina, *Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo*, México, El Colegio de México, 1978.

reformista. La sociedad empieza a «reconciliarse». En la reconciliación iba implícito el triunfo del proyecto capitalista, las concesiones al imperialismo, la tolerancia de la Iglesia y de su influencia, la vuelta del liberalismo individualista. La clase política, meses antes cardenista, empieza a reacomodarse, a olvidar. El cardenismo queda encerrado en un paréntesis, como si hubiera sido una locura colectiva pasajera, un exceso del que nadie se quería acordar, aunque les había dejado enseñanzas: el mito de la reforma agraria como elemento movilizador y apaciguador de los campesinos, el seguir buscando legitimidad a través de proclamarse revolucionarios, factores que habían demostrado su fuerza movilizador y su capacidad de obtener consenso.<sup>22</sup>

En ese contexto la sociedad empieza a simbolizar en Lázaro Cárdenas todos los valores que abandonaba. En la medida en que renegaban de sus convicciones, construían el mito. ¿Servirán los mitos para sublimar la impotencia?

<sup>22</sup> *Idem.*

